CAPITULO IX

Montjuich

I

Ya hemos dicho que el castillo, principal defensa de Gerona, estaba situado sobre una eminencia, á 60 toesas de la plaza y en comunicación con ésta. Formaba la fortaleza un cuadrado de 200 varas de lado, rodeado de foso. Guarnecíanla 900 hombres y desempeñaba el cargo de gobernador el coronel graduado D. Guillermo Nash, teniendo por segundo al de igual clase D. Blas de Fournás.

Al rayar el alba del día 3 de julio rompió el fuego contra Montjuich la *Batería Imperial,* emplazada á la izquierda del reducto de San Luis, que, lo mismo que el de San Narciso y el de San Daniel, había sido abandonado por los nuestros, como se recordará. Dicha batería, compuesta de 20 cañones de á 24 y de 2 obuses, era verdaderamente formidable y hacía un fuego incesante, bien contestado por los defensores, al mismo tiempo que la otra batería emplazada en el Puig d'en Roca batía el baluarte de San Pedro, en la puerta de Francia, á la derecha del Oñá.

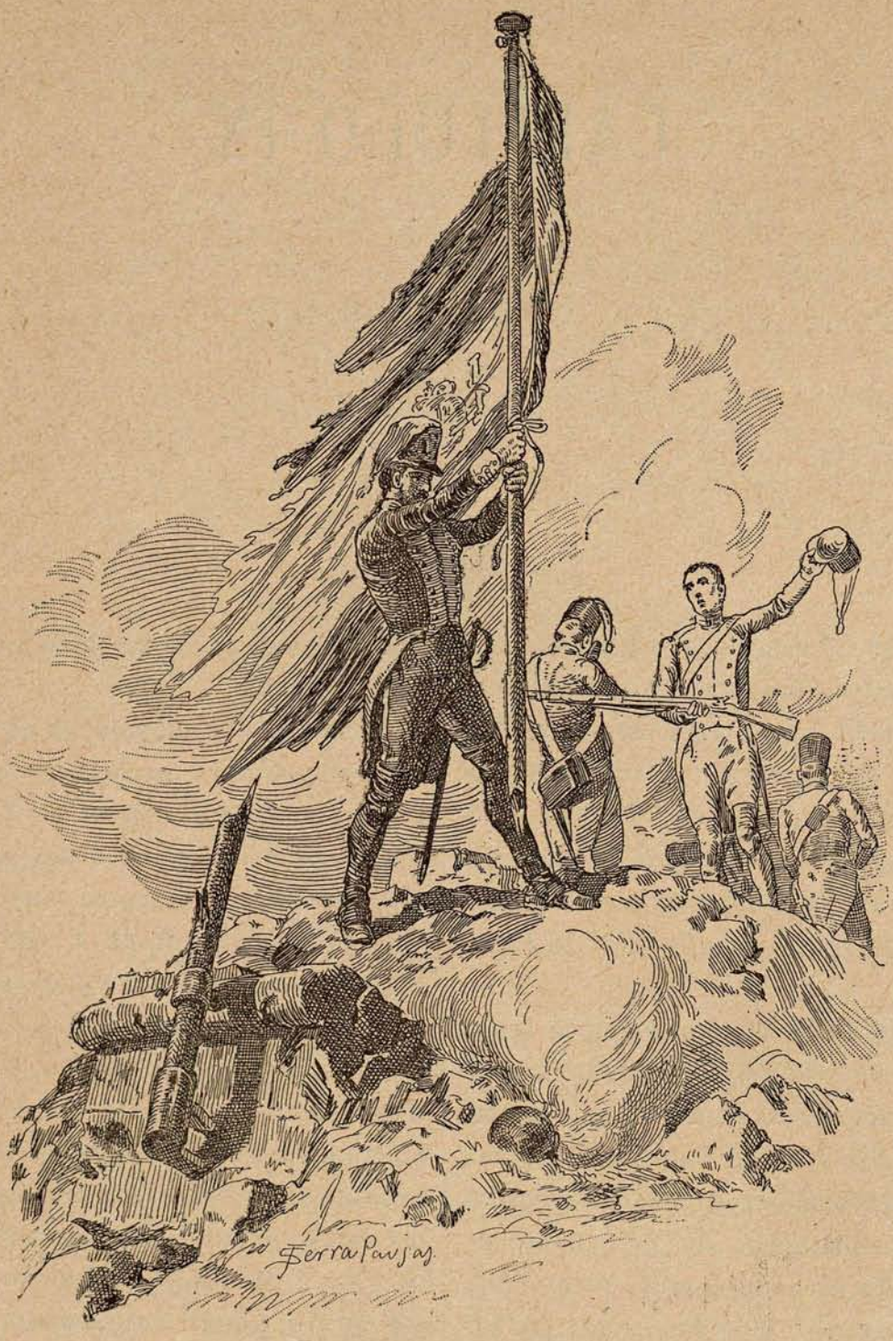
Todo el mundo estaba en sus puestos, así en los fuertes como en la ciudad. La *Batería Imperial*, vomitando un diluvio de metralla contra la cara derecha del baluarte del norte de Montjuich, había acabado por aportillarla; pero pronto pudieron convencerse los franceses de que resultaba inútil su trabajo, pues en el mismo instante quedaba reparada la destrucción.

¡Hermoso espectáculo el de aquellos 900 bravos haciendo rostro á los más poderosos medios de estrago empleados contra ellos! Luchaban por la patria; pero en aquellos supremos instantes veían otra cosa más de cerca, palpable, y era Gerona; Gerona, que necesitaba á toda costa que en Montjuich ondease la enseña nacional.

Pero... ¡la enseña cae! Una bala de cañón derriba el asta de la bandera, izada en el ángulo flanqueado del baluarte del Norte. Terrible estremecimiento se apodera de los defensores, sólo comparable en su intensidad con las burlas y carcajadas del campo sitiador. ¡La bandera española no tremola ya en Montjuich! Pero no será, jamás ha de ser así. Un oscuro subteniente, Mariano Montoro, frenético de sublimidad, imponente, magnífico, trepa por la brecha reparada, salta por los escombros, baja al foso, empuña el sagrado emblema, sube de nuevo y, retando al ejército francés, hunde el asta en el suelo, y aparece ante los ojos avergonzados de los sitiadores el rojo y amarillo trapo, acribillado, roto, desgarrado, pero siempre *¡bandera!* ¡Y el glorioso jirón ondea de nuevo en Montjuich!

Estaba visto que nada se ganaba con la metralla: así es que al día siguiente decidióse dar el asalto.

Podía aprovecharse la brecha, aunque un tanto reparada, é intentar un ataque por la gola. Y así se ensayó. Eran las diez y media cuando la columna de asalto bajó al camino cubierto del castillo, pensando quizás que á los defensores les cogería de sorpresa aquel intento; pero mal les hubo semejante suposición. La columna atacó el fuerte por la brecha y el rebellín por la gola, sin conseguir otra cosa que una enorme pérdida de gente, pues no sólo fueron los franceses vigorosamente rechazados



D. Mariano Montoro

en ambas partes, sino que desde la plaza se les abrasaba, enviándoles con certera puntería gran número de bombas y granadas.

—Montjuich va á costarnos mucha gente,—murmuraba Verdier;—pero, una vez en mi poder, Gerona es mía.

¡Cuánto se equivocaba el general!

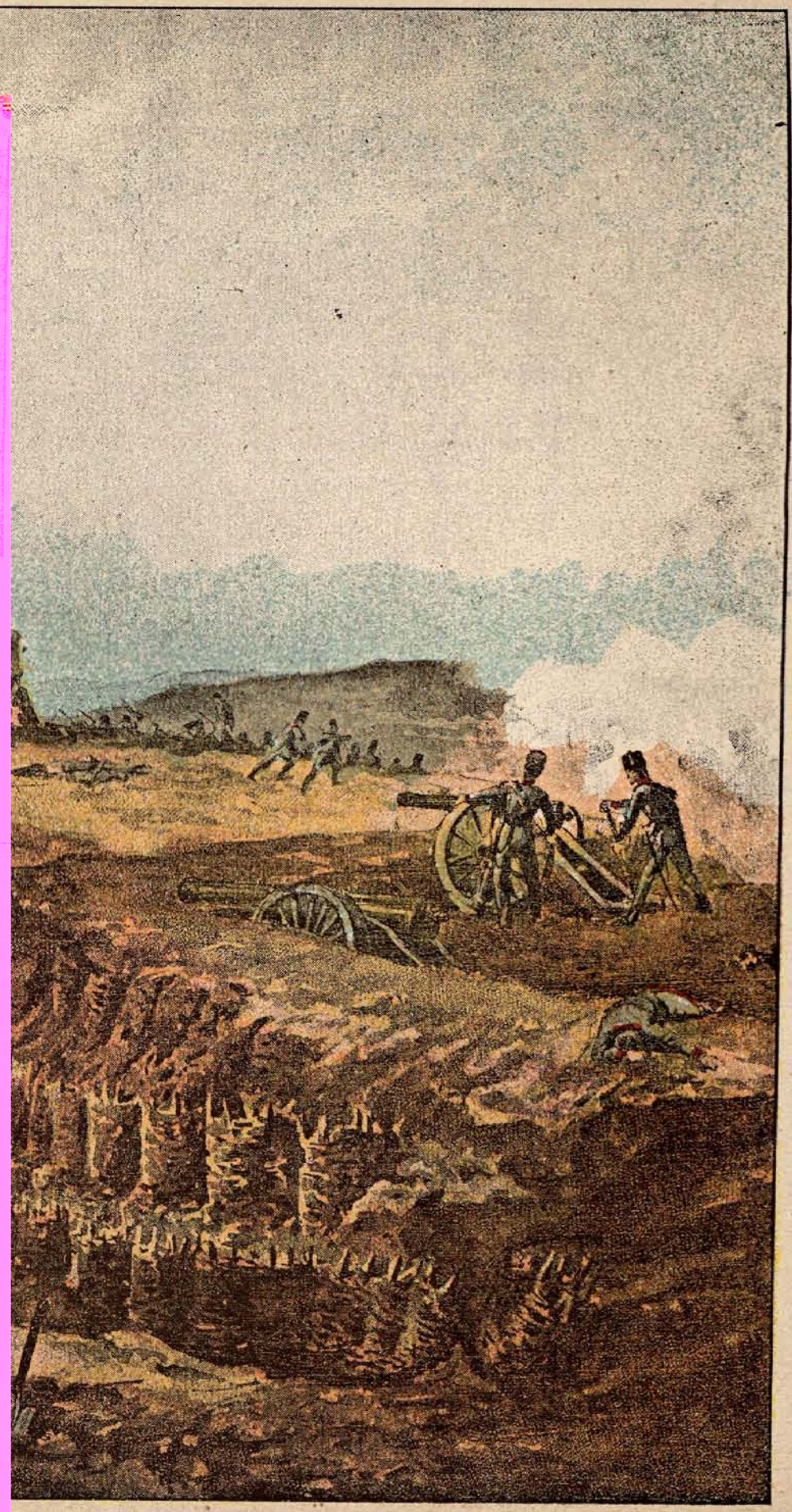
II

Trascurrieron cuatro días sin que el francés diera señales de vida, harto ocupado en reponerse de las pérdidas experimentadas los días 3 y 4 de julio.

En el fuerte reinaba el mayor entusiasmo por la

LLO DE MONTJUICH (TERCER SITIO)

SITIO)



TJUICH (TERCER SITIO)

BIBLIOTECA REGIONAL JOAQUIM NABUCO
Governo de Minas

brillante defensa contra el asalto, y en la ciudad todo eran plácemes y alegrías al ver de cuán heroico modo se sostenía Montjuich, tenido ya por inexpugnable, no por su fortaleza, sin condiciones, sino por la calidad de la gente metida dentro.

Y también le tocaba su parte de gloria á la guarnición de la plaza. El baluarte de San Pedro había ocasionado terrible daño á la batería de Puig d'en Roca, y toda la ciudad se deshacía en elogios de la compañía de *Santa Bárbara*, reconocida oficialmente el día 3 y felicitada por el general Álvarez.

Antonieta Folch había tenido ocasión más que sobrada, dicho día, de hablar con el teniente Pedrarías, encargado del mando de la fuerza de infantería que hacía fuego desde la puerta de Francia.

Desde el día 4 al día 8 púdose calcular perfectamente que la guarnición de Gerona, incluyendo la Cruzada, sería pronto insuficiente, á pocas bajas que ocurriesen, por lo cual la Junta de Gobierno de la ciudad ofició de nuevo á Coupigny en demanda de que se enviaran socorros.

El día 8, resueltos los franceses á acabar de una vez, intentaron un asalto que fuese decisivo; es decir, decisivo en cuanto á su intención.

Esta vez, en lugar de aprovecharse de las sombras de la noche, resolvieron dar la cara á las claras, dándose la señal al amanecer. Numerosas fuerzas atacaron ó, por mejor decir, simularon un ataque por la parte del castillo que daba frente al reducto de San Daniel, mientras el coronel Muff, á la cabeza de la columna de asalto, compacta como una cuña, asaltaba por la brecha del baluarte del Norte. Pero ¡vano intento! Mandaba en la brecha D. Miguel Pierson y dirigía la artillería D. Juan Candy, que no parecía sino que hubiesen nacido ambos con el exclusivo objeto de tomar parte en aquella defensa. La gente de Pierson hacía proezas que no soñara Homero, y los cañones de Candy, *cargados con balas de fusil* los unos y con metralla otros, sembraban el estrago, mientras los obuses y los cañones de Gerona lanzaban sus bombas y vomitaban proyectiles que diezmaban á los imprudentes agresores.

Dos horas seguidas estuvieron los franceses pugnando por asaltar la brecha, apoyados por el terrible bombardeo y otros fuegos parabólicos dirigidos contra Montjuich. Siete bombas y numerosas balas estaban cuando menos en el aire sin intermisión, cuidando un joven tambor llamado Luciano Anció de señalar con la caja los tiros de bomba y granada, apostado en lugar conveniente á aquel objeto. De pronto cae una bomba sin que la caja haya dado la señal. ¿Qué será? Acuden algunos oficiales donde está Anció y le encuentran con que

Luciano Anció

un casco le ha llevado parte del muslo y de la rodilla, manando de la cruel mutilación un río de sangre.

—¡Anció!—exclama un oficial de Borbón.—¡Qué desgracia! ¡Vamos! ¡Te trasportaremos al hospital y á ver si te curas pronto!

—V. dispense, mi subteniente,—contestó Anció con voz entera;—aunque herido en la pierna, tengo los brazos sanos para con el toque de la caja librar de las bombas á mis amigos.

Y con estoica fortaleza siguió tocando hasta quedar desfallecido.

Ya los franceses no podían más. Destrozada la columna de Muff por las polladas y la metralla, retrocedía llena de pánico.

—*¡En avant!*—gritaba espumarajeando el coronel, dando ejemplos de temeridad.—*¡En avant!*—Y así vociferando y amenazando, y azuzando sus oficiales de estado mayor á la aterrada columna, consiguió que por segunda vez se acercaran sus soldados al siniestro portillo; pero, como si Montjuich estuviese defendido por gente de infernal poder, de nuevo las filas quedaron acribilladas, rasgando el aire mil lastimeros gritos de los infelices que allí encontraban cruel muerte, mutilados, destrozados por la metralla y las horrorosas rociadas de *las balas de fusil de los cañones.*

Por tercera vez se forma la columna y acomete, llevando al frente á los oficiales, y por tercera vez los defensores de Montjuich la desbaratan, no, empero, sin ocasionarnos esta vez la sensible pérdida del valiente D. Miguel Pierson. Muff, entonces, desesperado, ordena desplegarse á su gente á lo largo del glacis, mandando romper un fuego granizado que no producía el menor efecto, revelando sólo la impotencia del agresor. El coronel, yendo de aquí para allá en busca de un punto por donde acometer, advierte que hay formadas aún en columna dos compañías de tiradores westfalianos de Hadeln, y las manda subir al asalto; pero no habían llegado aún al foso aquellos infelices cuando no quedaba ningún oficial que les guiase, pudiendo á duras penas dirigir la retirada un sargento.

Tres mil franceses, contándose en este número 77 oficiales, quedaron muertos ó heridos en el fracasado asalto del día 8.

Un triste suceso vino á nublar la satisfacción de los nuestros: rechazados los franceses, y cuando todo era alegría así en el fuerte como en la ciudad, voló se el polvorín de la torre de San Juan, el único reducto avanzado de Montjuich que continuaba en poder nuestro. El accidente fué muy sensible; pues, aun cuando murió poca gente por hallarse la mayor parte de la guarnición de guerrilla fuera de la torre, como el fuerte se hallaba emplazado entre la cortina occidental de Montjuich, Gerona y la calle de Pedret, formaba como un baluarte de sólida resistencia, estando construída la muralla con piedra de Villena.

Sin embargo, era tanto el alborozo originado por la victoria, que la desaparición de la torre de San Juan no produjo el sentimiento que en otras circunstancias habría ocasionado, contribuyendo á aminorarlo la llegada de un bizarro coronel irlandés llamado D. Rodolfo Marshall, venido expresamente á España, por su voluntad, para tomar parte en aquella heroica lucha. La Junta le había confiado el mando de algunas fuerzas y de un convoy con destino á Gerona, y ya se hallaban cerca de la ciudad, burlando todo encuentro con el francés, cuando, habiéndose quedado rezagado un soldado pasado Llagostera, hubo de descubrir Saint-Cyr la dirección de la columna, interceptando el día 10 en Castellar el convoy, pero consiguiendo entrar Marshall en Gerona, seguido de alguna gente.

III

La compañía de Santa Bárbara habíase conducido durante todos estos combates con bizarría notable. Componíase ahora de 200 señoras de toda condición y estado, siendo las comandantas doña Luisa Jonama de Fitz Gerald, esposa del capitán del regimiento de Ultonia D. Lorenzo; D.ª María Angela Vivern, casada con un subteniente del 2.º de Barcelona, y D.ª María Custí; y era de ver la disciplina que reinaba en aquel heroico cuerpo, convertidas aquellas santas mujeres en ángeles de caridad al par que en irresistibles estímulos de valor. La cinta encarnada que llevaban en el brazo derecho era un distintivo que todo el mundo saludaba con respeto.

Como indicamos ya, Antonieta Folch había tenido sobrada ocasión de hallarse al lado del teniente Pedrarias á causa de la necesidad de acudir en auxilio de los bravos soldados que desde la puerta de Francia y baluarte de San Pedro contestaban á la batería de Puig d'en Roca y contribuían con sus disparos á rechazar á los asaltantes de Montjuich.

No es que ni Fernando ni Antonieta dejasen de cumplir cada uno con su deber, es decir, de cumplir excesivamente con su deber; pero en la manera como se miraban al encontrarse cerca en la muralla, en el acento suplicante con que el teniente Pedrarias rogaba á la joven no se expusiese, comprendíase que ambos se hallaban como en el Paraíso entre aquel horrible fuego. Por fin, cuando, después

de la feliz victoria del 8, y rendidas de fatiga, Antonieta y Siseta se retiraron á su casa al anochecer, pudo la hija mayor de D. Félix Folch comprender, no sin inquietud, que algo había traslucido su hermana; inquietud que subió de punto al ver que, en lugar de dirigirse inmediatamente al terrado, díjole Siseta con tono bastante brusco:

—Antonieta, si no te sabe mal, hablaríamos dos palabras en mi cuarto.

—¿Saberme mal? ¿Por qué?—repuso Antonieta tratando de disimular su turbación.

Ya en esto hallábanse en el dormitorio de Siseta, inmediato al de sus padres y modesto hasta el extremo, como si fuese la celda de una monja.

—Antonieta,—exclamó la hermosísima rubia,—no puedes ocultar que andas enamorada del teniente Pedrarias, y he de decirte que no es esta ocasión de andar con amoríos. Olvidarse del deber para pensar en cosas tan tontas y ridículas es indigno de quienes llevamos el nombre de Folch.

—Creo no querrás sostener que yo no me haya portado como debo,—respondió Antonieta, mortificada por las palabras de la segundona.

—No lo niego. Lo que deploro es la *intención* con que lo has hecho.

—Pues ¿con qué intención he de haberlo hecho? ¿Acaso soy distinta de las demás?

—Sí: veíase en ti que más te movía el afán de hallarte cerca del teniente que no el de ser útil á los soldados. Esto ha de acabar, Antonieta, á menos que quieras exponerte á un gravísimo disgusto. Aquí no estamos para enamorar, sino para servir de algo á los valientes que se aprestan á morir en aras de la patria.

—Muy en lo hondo de mi corazón quieres leer, Siseta. ¡Tú, mi hermana, acusarme de falta de patriotismo! ¡Quién lo dijera!

—Sí: es tener falta de patriotismo abrigar otro pensamiento que el de sacrificarse por la patria. Nos hallamos en una situación en que es un crimen dar cabida á otro sentimiento que al que mueve á Gerona en masa, y de mí sé decirte que, aunque yo amase á un hombre mil veces más de lo que tú amas al teniente de Ultonia, y aunque este hombre fuese mil veces más valiente que ese militar, no oiría de mis labios una sola palabra que pudiese darle á entender lo que yo sintiera, ni leería en mis ojos lo que en mi corazón pasara, sino que, lo mismo que ahora, me encontraría muda, impenetrable, ¡aunque debiera morir por ello! Es pecado pensar en cosas mundanas cuando nos hallamos de rodillas ante Jesús Sacramentado; es pecado pensar en amoríos cuando está el francés delante de Gerona y son precisos los esfuerzos de todos para salvar el honor de la ciudad y la honra de su historia. Yo, á lo menos, pienso así.

—No pienso yo lo mismo, Siseta, y no eres tú quien tiene derecho á echarme nada en cara. Si le quiero ó no le quiero al teniente es cosa que á nadie importa; pero, aunque así fuese, no puedo ver yo que sea ningún mal.

—¡Antonieta!—exclamó Siseta pálida de coraje. —Cuando los esposos de Gerona han hecho votos de no engendrar en sus entrañas ningún hijo mientras esté el francés amenazando ahí fuera, te permites tú...

—¡Qué osas proferir!—exclamó Antonieta perdiendo el encarnado color de sus mejillas de dorado cutis.—¡Siseta! ¿Qué quieres decir con eso?

—Ya sé que no se tratará nunca de nada deshonroso,—repuso Siseta;—quería significarte que, cuando los mismos esposos dejan de hacer vida de tales, es incomprensible que tú aspires á ser esposa de otro.

—Basta ya, hermana mía. Si era para decirme eso por lo que has querido que te escuchara, podías haberme ahorrado este disgusto. De nada me acusa la conciencia, y como me he portado hasta ahora espero portarme siempre.

—Bien. Procura entonces que no hayan otros ojos que adviertan lo que haces: podría costarte caro.

—No me importa que el mundo entero lea en el fondo de mi alma como á través de un cristal,—respondió Antonieta.

Y, diciendo esto, salió de la celda de su hermana, dirigiéndose apresuradamente á su habitación á desahogar su llanto.

IV

Pretextando Antonieta la fatiga de la jornada, no salió de su cuarto, acostándose al poco rato.

Respirábase una atmósfera caliginosa. A través de los cristales, por no estar cerrados los postigos, penetraba de vez en cuando la rápida claridad de un relámpago, seguido de lejano trueno.

La tempestad que se cernía sobre Gerona estalló entrada la noche.

Sin duda debía influir el estado de la atmósfera en el organismo de la hermosa niña, por cuanto era extraordinaria la excitación de que se sentía poseída.

Rasgaban el negro manto del cielo los relámpagos con no interrumpido centelleo, y el fragor del trueno y el sordo estruendo de la lluvia torrencial parecían como si amenazasen á la ciudad uniéndose á los esfuerzos del sitiador.

Antonieta fué cayendo poco á poco en un estado de sopor profundo. Entró Margarideta á acostarse y apenas echó de ver su presencia, oyendo vagamente las palabras de su hermana al darle las buenas noches.

Y así trascurrieron largas horas, sin oirse más que el monótono rumor de la lluvia que azotaba los cristales.

De pronto sintióse Antonieta sobrecogida de un estremecimiento convulsivo: había sentido en sus labios el contacto ardiente de otra boca y su mano apretada con fuerza por una mano abrasadora.

Presa de terror, había abierto los ojos, viendo junto al lecho, á la luz de un relámpago, el rostro pálido y apasionado de Pedrarias.

La joven se incorporó: con mirada extraviada contempló al teniente, en cuyo semblante se leía la más resuelta decisión.

—¡Fernando!—exclamó con voz ahogada Antonieta.

—He querido verte antes de partir. Esta misma noche salgo de Gerona con pliegos para el general Blake, y Dios sabe si volveré á verte.

—¡Fernando!

—¿Me perdonas?

—Sí.

—No he podido resistir al impulso de mi corazón. El pensar que quizás no te vería ya en mi vida me ha dado como un delirio.

—¡Fernando!

—Y, ahora, adiós.

—Espera.

—No. El tiempo urge. Adiós.

Y el joven se desasió de los brazos de la hermosa niña después de imprimir un nuevo beso en su frente.

Entonces pudo ver Antonieta que Fernando iba disfrazado de labrador. El joven había conseguido que Marieta le franquease la puerta.

Retiróse de puntillas Pedrarias, y encontró en el zaguán á la criada, que le hizo salir por una ventana del piso bajo, poniéndose en seguida en marcha hacia la puerta del Socorro, encontrándose á los pocos minutos fuera ya de la ciudad.

Apenas amanecía cuando Antonieta vió entrar en su cuarto á Siseta.

—Lo sé todo,—exclamó.—Sólo por no matar de un disgusto á nuestro padre he callado, y sólo para que ese hombre pudiese cumplir con su deber no le he matado aquí como un salteador. Ya comprenderás que tu permanencia entre nosotros es imposible.

Antonieta, muda de vergüenza, bajó la cabeza.

—Busca un pretexto cualquiera y esta mañana misma métete en un convento.

—Bueno,—repuso débilmente Antonieta.

—Si no lo haces así, se encargará quien debe de hacerte obedecer.

—Lo haré.

—Ten en cuenta que no he de perderte de vista hasta que te vea en el convento.

—Puedes hacerlo.

Salió Siseta, y sus palabras, en vez de abatir á la enamorada doncella, parece como que le infundieron maravilloso consuelo. ¡Meterse en un convento! ¡Era precisamente lo que deseaba ella! Rendido su ánimo al pensar en la ausencia de Pedrarias, sólo le quedaban alientos para rezar, para dirigirse á Dios; y, reflexionando en su estado moral, veía Antonieta con espanto que su hermana había adivinado la verdad al decirle que más la movía el afán de hallarse cerca del ser amado que no el de ser útil á la patria. Pero ¿qué podía hacerle ella en semejante manera de sentir? No era su alma como la de Siseta; no le había concedido el cielo el don del heroísmo. Era una pobre mujer, así lo sentía en su conciencia, una pobre mujer que sólo sabía amar, y que era completamente rebelde á toda otra pasión, no por cobardía, sino por impotencia de odiar.

Cumpliendo la promesa empeñada, manifestó Antonieta, una vez reunida toda la familia, que no se sentía con fuerzas para continuar en la compañía de Santa Bárbara, y que, ya que no podía ser útil con sus brazos, quería encerrarse en un convento para rogar á Dios tuviese misericordia de Gerona.

La familia no opuso el menor obstáculo á la demanda, y Siseta se encargó de acompañar á su hermana mayor hasta dejarla en manos de la superiora del convento de las Clarisas.

V

Llegaba al colmo la irritación de los franceses ante la resistencia inaudita de aquel mal castillejo, contra cuyos débiles muros se estrellaban sus mejores regimientos. Decidieron, pues, llevar la trinchera hasta el mismo foso del castillo, lo cual hicieron cubriéndola con parapetos de sacos de tierra y traviesas, costándoles esta operación terribles pérdidas, pues desde la ciudad, desde el fuerte, y con salidas incesantes contra los puntos avanzados, se hostilizaba á los sitiadores. Caro costó á los westfalianos de Berg y de Wirzburgo la faena de que hablamos. Por fin el día 12 pudo quedar emplazada, enfilando el rebellín de Montjuich, una batería de brecha de 10 cañones, colocada en el glacis del camino cubierto y apoyada en la tercera paralela.

Así resultaba que se veía Montjuich combatido por *diez baterías,* compuestas de 43 cañones y obuses, sin contar las que estaban destinadas al bombardeo de la ciudad. Confiados los franceses en que ahora podía intentarse el asalto con mayores probabilidades de éxito, volvieron á la carga el día 13, sufriendo nuevo descalabro, á pesar de que de las tres brechas abiertas dos eran perfectamente practicables para una columna de 50 hombres de frente, y eso que cada lado tenía solamente 200 varas de largo. Con esto puede calcularse el estado de ruina en que se encontraría la fortaleza, y, en efecto, las dos cortinas contiguas á los tres baluartes aportillados tenían arruinados sus parapetos, mientras la cortina intermedia entre las dos brechas principales era también batida en brecha, lo mismo que los rebellines. Para alcanzar este objeto habían los franceses disparado hasta entonces contra Montjuich 1,800 bombas y 1,500 granadas, aparte de las 7,000 bombas y 1,000 granadas lanzadas contra la ciudad. Verdad es que la plaza no se había mordido la lengua, contestando con 10,000 bombas, 8,000 granadas y 10,000 balas rasas.

El 15 de julio se repitió el asalto de Monjuich, y, á fin de distraer á la plaza, se asaltó también la muralla por la puerta de Francia, siempre con igual desgracia, habiendo sido tanta la mortandad en el último punto que los cadáveres de los franceses pudieron servir de escala para llegar hasta el adarve.

Nuevo asalto el día 16, dirigido contra Gerona por cuatro partes diferentes, aunque esforzándose por el lado de San Francisco de Paula. Los sitiados, armados de fusiles, sables, bayonetas, y quien no tenía eso con un chuzo, rebaten todos los asaltos y dejan sembrado de cadáveres el terreno que pisaran los franceses. Las pérdidas eran tan crecidas que Verdier debió abstenerse de toda nueva tentativa, reorganizando los cuerpos, no volviendo á dar señales de vida hasta el día 23, en que ordenó un ataque nocturno contra Montjuich, viéndose obligados los agresores á abandonar el campo después de dos horas y media de fuego.

¿Qué medios emplear para apoderarse de aquel horrible cráter? Verdier acumuló nueva artillería, dando orden de que no cesase por nada ni para nada el trabajo de destrucción, y los ingenieros hacían prodigios de ciencia y de valor en el levantamiento y prolongación de las trincheras y en el trabajo de minas.

Pero si los franceses levantaban trincheras, los soldados de Montjuich hacían temerarias salidas y se las incendiaban, como sucedió con la terrible batería de morteros nuevamente levantada entre los reductos de San Daniel y San Narciso, construída para franquear el camino real y el puente del rebellín del castillo.

Nada bastaba, según se estaba viendo, á que cediese en lo más mínimo la resistencia de la tremenda fortaleza, á pesar del parte de Verdier anunciando á Napoleón *que Montjuich no era más que una masa informe de ruinas.* Así, cuando el día 2 de agosto volaron los franceses la contraescarpa del frente del rebellín, quedando al descubierto la puerta principal del castillo y cegándose el foso con los escombros, pudieron, sin duda, bajar allí, pero no consiguieron por eso adelantar un paso más, diezmados por nuestra artillería. Sensible fué, sin embargo, que se apoderaran por asalto en este día del convento de monjas de San Daniel, en la cañada del Galligans, por cuyo lado podían aún introducirse algunos socorros en la plaza.

Atrincheráronse ahora los sitiadores en las ruinas

de la volada torre de San Juan, pero hubieron de echar á correr de allí, atacados por unos cuantos soldados que envió Alvarez desde Gerona, mientras que, haciendo otra salida los de Montjuich, exterminaban á los defensores de la batería contra el rebellín, que dejaban abandonados un cañón y un mortero, clavados por los nuestros con las baquetas á falta de clavos.

Era aquella una lucha titánica, capaz de rendir las fuerzas al más hercúleo ser. Era precisa una vigilancia incesante, era preciso no dormir ni un minuto, no descansar ni un instante. Así, la noche del 3 al 4, los franceses, alojados en el foso y á la derecha del rebellín, intentan una sorpresa, frustrada afortunadamente. Vuelven á lo mismo la noche del 4 al 5; pero los soldados no pueden más, y de los 84 hombres que guarnecen el rebellín son pasados á cuchillo 10, entre ellos su bizarro jefe D. Francisco de P. Grífols. ¡El francés, después de *cuatro meses de sitio,* conseguía, por fin, apoderarse del rebellín de Montjuich!

Con febril actividad proceden los franceses á levantar allí una batería, y una vez emplazada rompen un fuego destructor, que da fin de pronto por haber incendiado los gaviones una bala de iluminación disparada desde la brecha. Prosiguen entretanto los sitiadores sus trabajos de ingeniería: desde el día 5 al 9 prolongan los ramales de trinchera hasta coronar el foso del baluarte de la brecha antigua, vuelan un espaldón de mampostería de la plaza de armas, y emplazan una nueva batería para aportillar la brecha del baluarte del Norte, limpiada y separada. La situación de los defensores es terrible con eso: el enemigo ocupa el rebellín, y tres de los frentes atacados están demolidos por completo.

No hay que desanimarse, sin embargo: ya que la defensiva se va haciendo casi imposible, queda el tomar la ofensiva. ¡La ofensiva con los 300 hombres que aun alentaban! ¡Á este número habían quedado reducidos los 900 héroes que había en Montjuich al comenzar el sitio!

VI

Son las doce del día del 10 de agosto.

Salen del castillo los 300 hombres al mando del coronel D. Blas de Fournás, segundo jefe, formados en tres trozos, y atacan á la bayoneta, con denuedo, con la sublimidad de la desesperación, las trincheras del rebellín, y exterminan á cuantos se les oponen, huyendo los franceses llenos de terror y dejando abandonadas las baterías, cuyos cañones y obuses se apresuran á clavar el teniente coronel de artillería D. Pablo Miranda y el capitán del mismo cuerpo D. José Medrano. Refugiados en un segundo atrincheramiento, vense atacados los sitiadores por el fuego de la plaza y por el del castillo y acribillados por la fusilería del mismo, mientras que diversas partidas procedentes de la plaza atacan San Daniel y las ruinas de la torre de San Juan. Todos luchan con valor extraordinario, todos pelean con sobrehumano coraje, y los franceses, asombrados, ven la montaña llena de mujeres que, despreciando el fuego horrible que le cruza por todas partes, van trasportando los heridos en las parihuelas, mientras otras se los cargan al hombro, y algunas, con intrepidez inconcebible, suben al mismo castillo llevando agua y aguardiente á la guarnición.

¡Nuestra era la victoria! ¡El francés había retrocedido! Alvarez, siempre sublime, envía á decir á Nash que se sostenga firme, que la guarnición será recompensada, que aun hay esperanzas.

Pero, por desgracia, Alvarez, llevado de su extraordinario ardor, no acertaba á ver la realidad de la situación. No: á pesar de la victoria, era imposible continuar la lucha. Había que abandonar á Montjuich. El fondo del foso se había levantado con los escombros más de vara y media; el baluarte podía haber existido, pero no existía ya, pues la brecha cogía toda su anchura y la rampa que se había formado apenas tenía 5 varas de subida. Con la lluvia de piedras que levantaban los cañonazos era imposible toda guardia, y en cuanto á poner centinelas era lo mismo que condenarlos á una muerte cierta al cabo de un minuto, por no tener dónde resguardarse. Era por lo mismo humanamente imposible ponerse al abrigo de cualquier sorpresa nocturna. Reunióse consejo de jefes la mañana siguiente y se acordó el abandono.

La opinión era unánime. La guarnición saldría al anochecer: se conducirían á la plaza, como precioso depósito, los pocos víveres que quedaban y se destruiría cuanto pudiese ser de provecho al ene-

migo. Acordado todo, recibióse un pliego de Alvarez ordenando que se continuara en la defensa; pero fué inútil su requerimiento: había que abandonar aquello, y más habiéndose acercado á última hora grandes masas de franceses con ánimo de dar un nuevo asalto.

La resolución de aquellos héroes estaba harto justificada: por espacio de sesenta días había resistido Montjuich el horroroso fuego del sitiador; 66 cañones, 7 obuses, 20 morteros y 1 pedrero habían arrojado sobre la pobre fortaleza más de 23,000 balas rasas, 3,000 granadas y 2,600 bombas, sin contar un sinnúmero de granadas de mano, fuegos incendiarios y cascos; habíase defendido por espacio de treinta y siete días la brecha más antigua, sin contar las otras tres abiertas posteriormente; habían resistido siete días con el rebellín ocupado por el enemigo y con tres frentes demolidos por completo. Ya no había más que hacer, á menos de empeñarse en sacrificar inútilmente trescientas vidas que podían servir todavía de algo.

A las seis y media salieron, pues, de Montjuich los 300 que allí había, oyéndose poco después el estruendo de la voladura del polvorín. Al llegar á Gerona la columna, pidieron los jefes se les sometiese á consejo de guerra por si no habían cumplido con su deber.

—Han hecho Vds. bien en retirarse, —respondió Alvarez.

Esto bastaba.

CAPÍTULO X

El convoy

I

Radiante de júbilo Verdier al verse dueño de Montjuich, apresuróse á enviar el parte al emperador *afirmándole* que dentro ocho ó diez días sería suya la ciudad.

El bueno del divisionario creíalo efectivamente así, y cualquier otro en su lugar, desconocedor del alma de los defensores de la plaza, hubiera creído lo mismo. Con la pérdida del castillo quedaba, en efecto, comprometidísima Gerona, ya sin otra defensa que sus destartalados y viejísimos muros, ni más fuegos que los de la torre de Gironella y de 2 baterías emplazadas encima de la puerta de San Cristóbal y la muralla de Sarracinas.

Ni por pienso se le ocurrió naturalmente á Verdier enviar un nuevo parlamentario á Álvarez, por tenerse ya por advertido respecto á la acogida que se le dispensaría, esto es, á metrallazo limpio. En consecuencia, después de conceder á su gente un par de días de descanso, que bien los necesitaba, comenzó á estrechar el cerco de la plaza el día 13, trasladando su cuartel general desde San Medir á Sarriá.

Por su parte no se descuidaba Álvarez. Había llegado para el ilustre general el momento por él tan anhelado: el momento en que pudiese cubrirse de gloria inmortal, de aquella gloria que Palafox había conquistado en Zaragoza. Y esta era la idea predominante en Álvarez: emular á Palafox, aventajarle á ser posible.

Cuando á primeros de mayo el francés puso sitio por vez tercera á Gerona, dijo Álvarez que no se contentaba con menos que con la resistencia de la plaza fuese *doble larga* que la de Zaragoza; pero cuando el enemigo fué dueño de Montjuich, Álvarez dijo que el sitio de Gerona había de durar no *dos*, sino *cuatro veces* más que el de la ciudad del Pilar. El noble deseo de la inmortalidad abrasaba su alma y le prestaba extraordinarias condiciones que nadie hubiera creído atesorara. Y, en efecto, el exterior de Álvarez no era, como el de Palafox, dechado de varonil belleza, elegancia y atractivo. Era Álvarez de mediana estatura, moreno, de vivos ojos y fisonomía vulgar. Teníasele por hombre de talento nada más que mediano y de poca instrucción; pero, en cambio, ¡qué firmeza de carácter la suya! ¡Qué temple el de su alma!

Contaba entonces sesenta años. Había hecho, á la verdad, poca carrera, á pesar de sus brillantes servicios en las guerras con la República francesa. En la batalla de Rivesaltes había tomado un cañón al enemigo y otro en la batalla de Pla de Rey; pero tales méritos no habían sido suficientemente recompensados. Jefe de la brigada de vanguardia del ejército de Cataluña, había sido nombrado por la

Junta del Principado gobernador interino de Gerona, y, como si de pronto hubiesen estallado todas las nobles ambiciones por tanto tiempo comprimidas ó latentes en su pecho, sintióse Álvarez poseído de sobrenatural energía. El ejemplo de Palafox le estimulaba y quería colocarse á su nivel, si no aventajarle.

Y no podía Álvarez encontrarse en mejor elemento para realizar su idea: con aquella gente de Gerona podía estar seguro de hacer lo que quisiera. Contaba con un pueblo de héroes incondicionalmente obedientes á sus órdenes. Esta firmeza de ánimo habíase revelado ya desde el principio, en que, acometido Álvarez de tercianas, jamás pareció cuidarse de su mal, despreciando todo pensamiento que no fuese el de la defensa de la plaza.

Así, cuando los franceses se apoderaron de Montjuich, ya pudieron comprender por la manera como procedía Álvarez que éste estaba muy lejos de flaquear á pesar de la pérdida de aquella terrible posición. Construyeron, pues, los nuestros algunas baterías en el fuerte del Condestable, cerraron las calles que desembocaban en la plaza de San Pedro, inmediata al baluarte del mismo nombre, y practicaron una gran cortadura, defendida por una imponente barricada, á manera de las de Zaragoza, amén de lo cual entraban en la plaza, atravesando por los puestos franceses de la izquierda del Ter, 800 migueletes.

Los franceses, á su vez, emplazaron numerosas baterías contra la ciudad, hasta entonces combatida tan sólo por la de Puig d' en Roca: muchas de ellas estaban situadas en los baluartes, fosos y trincheras de Montjuich; otra sobre el arrabal de Pedret, y otra en la montaña de Roca, y el resto en la derruída torre de San Juan y en las antiguas paralelas; operaciones en que se invirtió todo el resto de agosto, sin que ni un solo día dejaran de vomitar terrible metralla contra Gerona las baterías ya emplazadas. Escarmentado Verdier con lo sucedido en Zaragoza, y escamado al saber que detrás del baluarte de San Pedro se habían levantado barricadas y practicado cortaduras, dejóse de atacar la puerta de Francia y dirigió sus esfuerzos á batir la de San Cristóbal y la muralla de Santa Lucía, que era el paraje más endeble, aunque el más elevado de la plaza, al mismo tiempo que bombardeaba con bárbara porfía los cuarteles nuevo y viejo de Alemanes, hasta dejarlos convertidos en ruinas.

No consentía la poca gente que había en la ciudad, ya insuficiente para cubrir toda la línea de la muralla, que se verificasen muchas salidas; pero, con todo, no dejaban de hacerse algunas. Con ocasión de una de éstas hubo de preguntarle el oficial encargado del mando de la fuerza al general Álvarez que dónde tenía que acogerse en caso de retirada:

—*¡A la eternidad!*—respondióle el gobernador de Gerona con acento que le dejó helado: tanta era la severidad del tono con que le contestó.

Viendo, pues, Álvarez por donde venía ahora el peligro, reforzó los amenazados puntos de San Cristóbal y Santa Lucía con algunas baterías, y, á fin de dominar á los franceses, no tuvo reparo en emplazar 2 cañones encima de la misma bóveda de la Catedral. Gran daño ocasionaban con ello al sitiador los defensores de Gerona, pues no solamente hacía prodigios la artillería, sino que no ocasionaba menos mortandad la fusilería de la muralla, disputándose los sitios de mayor peligro los valientes soldados y los paisanos de la Cruzada, y rivalizando todos en buscar sitios ocultos desde donde lanzar á las trincheras francesas mortíferas ponadas, granadas y bombas, que causaban terrible estrago en sus filas.

A pesar de todo, sin embargo, aumentaba á cada instante lo crítico de la situación de Gerona. Faltaban tropas y faltaban víveres. Era indispensable un socorro, y á fe que ocasión hubiera habido para enviarlo en aquellos cuatro mortales meses trascurridos desde que dió comienzo el tercer sitio.

Por fin dió señales de vida el que hubiera debido hacía ya tiempo acudir en socorro de Gerona.

II

Después de la desgraciada campaña que hiciera Blake en Aragón, habíase dirigido á Tortosa, nombrado general en jefe del ejército de Cataluña en sustitución de Reding, y cesando, por consiguiente, en el mando interino el marqués de Coupigny.

Había Alvarez de Castro despachado á D. Enrique O'Donnell á últimos de julio para que, yendo al encuentro de Blake, le hiciese presente la necesidad de que acudiese en socorro de la plaza; y tanto por las enérgicas instancias del digno coronel de Ultonia como por las órdenes de la Junta Central,

expedidas desde Sevilla, movióse hacia Vich con la división Lazán, estableciendo en dicha ciudad su cuartel general (27 y 28 de agosto). Siempre reglamentario y militar, agregó á su hueste las partidas y somatenes de la tierra, trasladándose luego, á través de las Guillerías, á San Hilario Sacalm, donde se le juntaron 7 regimientos.

Ya comprendía Blake que Saint-Cyr, que tenía su cuartel general en Fornells, procuraría impedir que pudiese entrar en Gerona el anhelado socorro, y á este objeto tomó las medidas oportunas para que el enemigo no pudiese traslucir por qué parte iba á meter en la plaza el expresado convoy, compuesto de 2,000 acémilas, escoltadas por 4,000 infantes y 400 caballos al mando del general García Conde. Mandó, pues, á D. Manuel Llauder, entonces comandante del regimiento de Ultonia, que, poniéndose á la cabeza de algunas tropas de línea y de los somatenes que pudiese reunir, cuidase de desalojar á los franceses que estaban apoderados de la ermita de los Ángeles, al norte de Gerona, por cuyo punto pensaba introducir el socorro de soldados y víveres. Salió él de San Hilario para establecerse en la ermita del Padró con las tropas de reserva, que subirían á unos 6,000 hombres, y envió á D. Enrique O'Donnell para que con 1,200 hombres (regimientos de Saboya y de suizos de Wimpfen y tercio de Tarragona) y algunos caballos distrajese á los franceses acampados en Bruñolas, como si por allí se tratase de pasar el convoy.

No era nada fácil la empresa encomendada al digno coronel de Ultonia. Bruñolas era un terreno escarpadísimo y cubierto de espesos matorrales, constituía una posición excelente, y contaba, además, con un reducto y cinco atrincheramientos. Las fuerzas allí acampadas estaban bajo la dirección personal de Gouvion Saint-Cyr; pero ni por un momento vaciló el intrépido coronel. La vanguardia, compuesta de los granaderos de los citados regimientos y de una guerrilla del tercio de Tarragona, atacó á los franceses con denuedo, dando ejemplo á todos su bizarro jefe el teniente coronel D. Pedro Sarsfield. Pronto estuvieron aquellos valientes en la cumbre de la montaña, y allí enarbolaron la bandera roja y amarilla. Persuadido Saint-Cyr de que el convoy iba á pasar por allí, mandó en seguida acudir numerosas fuerzas, con intento de envolver á O'Donnell, mientras lo cual quedaban poco menos que abandonadas las orillas del Ter, de las cuales se apoderaban, como ya veremos, nuestros valientes guerrilleros. Bien hubiera podido O'Donnell arrojar de Bruñolas al francés, pero no era este su intento, sino sólo el de entretenerlos; y así, en vez de continuar atacando, comenzó á evolucionar para aparentar mayores fuerzas de las que tenía. Aburrido Saint-Cyr, y creyendo que O'Donnell se declaraba en retirada, abandonó á Bruñolas y regresó á su cuartel general de Fornells, no siendo poca su sorpresa al encontrarse con que la división Lecchi (al mando entonces de Millosewitch), á la cual dejara en el campamento de Salt, se encontraba en el mayor desorden. Y, en efecto, en desorden se encontraba; pues, mientras O'Donnell les tenía ocupados á los franceses en Bruñolas, había desembocado en el llano de Salt el convoy de García Conde, al mismo tiempo que el coronel Rovira y el teniente coronel Clarós despejaban las orillas del Ter y la guarnición de Gerona hacía dos salidas para contribuir al mejor éxito de la entrada del socorro.

Bien merece tan hábil operación que entremos en algunos pormenores respecto á la manera cómo se realizó.

Salió García Conde el 31 de agosto, á las once de la noche, del pueblo de Amer, guiado por el digno domero de Llorá (uno de tantos héroes con sotana como entonces había), y, pasando el Ter por un puente de carros improvisado, y en medio de una lluvia torrencial, llegó á las diez y media de la mañana siguiente á Báscara; y como desde este punto se descubre el Pla de Salt y Santa Eugenia, y aun la misma ciudad de Gerona, pudo ver que los franceses se habían fortificado en Salt, formándose en batalla y destacando algunas guerrillas para que reconocieran el terreno.

Resuelto García Conde á cumplir con su deber (¡y ojalá siempre lo hubiera hecho así y no sellara su vida con una horrenda infamia!), aprestóse á la lucha, á cuyo fin dividió su gente en dos columnas de infantería, derecha é izquierda, colocando la caballería en el centro y á retaguardia, siguiendo luego el convoy, custodiado por el barón de Eroles, y cerrando la marcha el cuerpo de reserva. Véase ahora de qué fuerzas constaba aquella expedición:

Columna de la derecha: regimiento de Baza y mitad del primer tercio de Talarn.

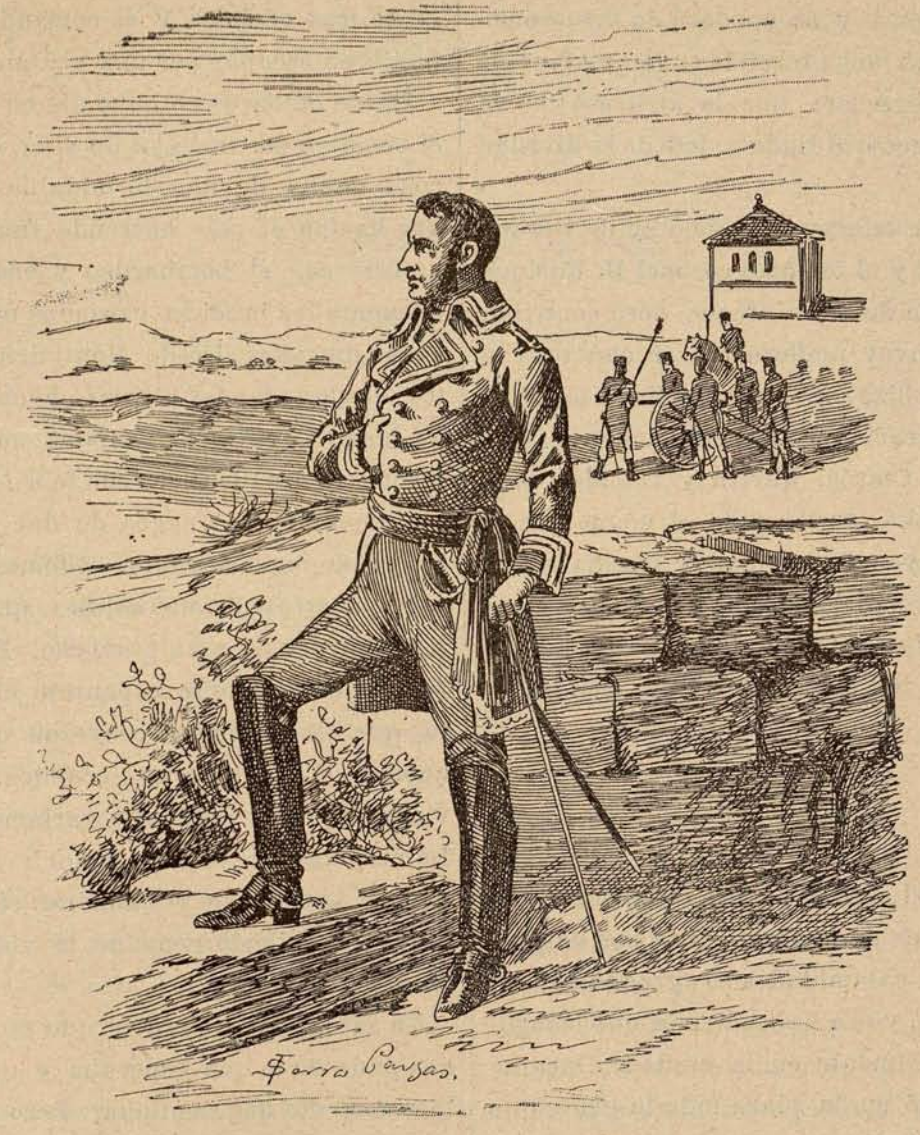
Columna de la izquierda: una compañía de granaderos provinciales de Castilla la Nueva, tercios de Manresa, segundo tercio de Vich, tercio de Cervera, mitad del primer tercio de Talarn.

Caballería: regimiento de húsares reales de Granada.

Convoy: segundo tercio de Talarn y una compañía de granaderos de Iberia.

Reserva: granaderos provinciales de Castilla la Nueva y compañías de reserva de la división del Montseny.

A las once rompíase el fuego contra Salt, y poco



El general D. Joaquín Blake

después declarábanse en fuga los franceses, dejando abandonados sus almacenes, en los cuales se encontraron los uniformes, divisas y condecoraciones del general Souham, los *schackós* de algunos jefes de caballería y varias cruces de la Legión de Honor, sin contar gran número de efectos de vestuario y armamento.

Habíase, pues, acercado el convoy á Gerona, siempre bajo aquella lluvia diluviana, y así llegó á Santa Eugenia, cuya calle principal encontró obstruída García Conde; pero allanó todos los obstáculos y pasó á favor de las diversiones con que el coronel Rovira y el teniente coronel Clarós y la guarnición de la plaza, al mando del intrépido coronel Fournás, entretenían al enemigo, según dijimos ya.

Lo que hicieron estos bravos jefes fué lo siguiente: habiendo el teniente coronel Clarós, la tarde del 31, reconocido el terreno entre el Adri y el Ter, avisó al coronel Rovira para que atacase á los franceses que había en el castillo de Montagut, y dispuso que el teniente coronel D. Ramón de Foix se apos-

tase en el llano de Tayalá con la caballería de San Narciso y 70 migueletes de Figueras; y á las cinco de la mañana del día 1.° de setiembre, á la cabeza de 1,000 hombres (tercio de Figueras y somatenes de Camprodón, Olot y otros pueblos), atacó á los franceses fortificados en San Medir y demás alturas del Ter, quemóles cuatro campamentos, clavó dos obuses de una batería y se apoderó de las posiciones, después de una lucha terrible en la que pereció á manos de un miguelete, que le atravesó con su propia espada, el general Hadeln, jefe de la división westfaliana.

En cuanto á las salidas que hicieron de Gerona el coronel Fournás y el teniente coronel D. Enrique Durivier, no fueron de tanto efecto, pero contribuyeron á que el convoy pudiese entrar con toda la felicidad con que lo hizo á las tres y media de la tarde.

Así, pues, la operación concertada entre García Conde, O'Donnell, Clarós, Rovira y Llauder, bajo la dirección de Blake, surtió todo el efecto que se esperaba, constituyendo una buena página en la historia militar de aquel general, y no menos en la de los bravos jefes encargados de la realización de la empresa. Blake, satisfecho del éxito alcanzado, retiróse á Olot.

III

Con la llegada del convoy púdose remediar algún tanto las necesidades de la plaza; pero, por desgracia, á las anteriores calamidades se agregaba ahora otra peor que todas, y era la epidemia que comenzaba á cebarse cruelmente en la ciudad. Durante tres días permaneció en la plaza toda la gente que escoltara el convoy, disminuyendo con su permanencia y la de las 2,000 acémilas la cantidad de las subsistencias, pero pudiendo, por otra parte, descansar un tanto las tropas viejas, hasta que el día 4 salió García Conde, después de dejar reforzada la guarnición con el regimiento de Baza, los dos tercios de Talarn y los de Cervera, Manresa y segundo de Vich, constituyendo un total de 3,000 hombres, número que Álvarez conceptuó lo suficiente. Salió García Conde con el resto de sus fuerzas en dirección á la ermita de los Ángeles, y haciendo una hábil marcha pudo llegar felizmente el día 6 á Hostalrich.

Impacientes los franceses por acabar de una vez, estrecharon más que nunca el asedio, que jamás creyeron pudiese durar tanto al presentarse allí á primeros de mayo, y el día 6 hicieron un reconocimiento á orillas del Ter, sucumbiendo en esta jornada otro general francés, Jouba, por más que nosotros tuvimos que lamentar de nuevo la pérdida de la ermita de los Ángeles. Terrible fué el asalto, pereciendo pasada á cuchillo su escasa guarnición, excepto tres oficiales y el comandante Llauder, que pudieron escapar por una ventana.

Desde entonces no hubo día en que no adelantase el enemigo sus trabajos de sitio, envolviendo á Gerona dentro de una formidable línea de baterías que hacían el más horrendo fuego, arruinando el caserío con el bombardeo y ensanchando á cada momento las brechas causadas en aquellas vetustísimas murallas. Desde Montjuich, desde los reductos, desde todas las alturas, hacíase contra Gerona un fuego devastador, aunque no menos vigorosamente contestado, pues con febril actividad habíanse aumentado los fuegos de flanco y parabólicos y reforzado muchos puntos, además de lo cual verificábanse atrevidísimas salidas, que pocas veces dejaban de ser de gran provecho. El 16 de setiembre fué verdaderamente espantoso el bombardeo, tanto, que los franceses creyeron que no podían ya quedarles alientos á los gerundenses, por lo cual enviaron al siguiente día un parlamentario á Álvarez. La respuesta de éste fué recibir á cañonazos á los que se acercaban y resucitar el bando del 5 de mayo imponiendo pena de la vida al que hablase de capitulación.

Ya sabía, pues, Verdier que no había que contar con nada de lo que esperaba y que no le quedaba más remedio que continuar. Pero ¿cómo podía ser aquello? ¡Qué manera de contradecir los de Gerona todo lo que se sabía en materia de sitios! «*En los tiempos modernos no puede ninguna plaza bien atacada prolongar su defensa más allá de cuarenta días,*» tenía escrito el ilustre Lázaro Carnot, el *organizador de la victoria,* ¡y hacía cinco meses que el ejército francés se encontraba ante Gerona!

Decidió, pues, Verdier, no pararse en barras y dar el asalto general. Innumerables eran las brechas abiertas en la vieja muralla, pero había tres, la de Santa Lucía, San Cristóbal y Alemanes, que eran perfectamente practicables. Por otra parte, las ruinas eran espantosas. La epidemia diezmaba á la población. Todo hacía presagiar un feliz éxito.

CAPÍTULO XI

El gran día de Gerona

I

Era el mediodía del 19 de setiembre.

Un fuego como no se hubiese oído nunca, un diluvio de bombas, granadas, balas rasas, metralla y fusilería, pulverizaba los edificios y ensanchaba enormemente las brechas de Gerona. Por las montañas de Campdurá y de Montjuich, sin ser visto de la plaza, el enemigo adelantaba en grandes masas.

Verdier habia ordenado el asalto general.

Desde los primeros momentos se había trasladado el general Álvarez á la torre de la Catedral, punto excelente para observar los movimientos del enemigo.

Poco antes de las cuatro de la tarde presentósele un ayudante del coronel Fournás participando al general que el enemigo, dividido en columnas, avanzaba á paso acelerado con dirección á las tres brechas, la puerta de Francia y los fuertes del Calvario y del Cabildo.

No se vió que ni siquiera pestañeara el indomable caudillo, sino que allí mismo, con admirable serenidad, dió breves cuanto precisas órdenes á todos sus ayudantes, que partieron á escape.

Entonces pudo verse lo maravillosamente organizada que tenia Álvarez la defensa. Al ensordecedor estruendo de las doscientas bocas de fuego con que los franceses cubrían de hierro la ciudad, respondió el alarmante son de los tambores tocando á generala y de las campanas volteando á rebato, á cuya señal, como evocados por un conjuro mágico, vióse atravesar velozmente por las calles, serenos, silenciosos, como si se dirigieran á una revista, á los diferentes cuerpos de la guarnición, sin el menor barullo, con sereno continente. Tropas de línea, cuerpos de paisanos, mujeres, niños, religiosos, todos corrían animosos y decididos á donde les llamaba la voz del deber y del honor. ¡Majestuoso espectáculo!

El regimiento de Ultonia, ahora á las órdenes del coronel Nash, y parte del regimiento de Baza, al mando de su teniente coronel D. Miguel de Haro, á la brecha y cuartel de Alemanes. En el patio de éste formaría la reserva, compuesta de parte del regimiento de Borbón, al mando de su coronel don José de la Iglesia, de la compañía de reserva del general y de 50 hombres de cada uno de los cuerpos de la guarnición.

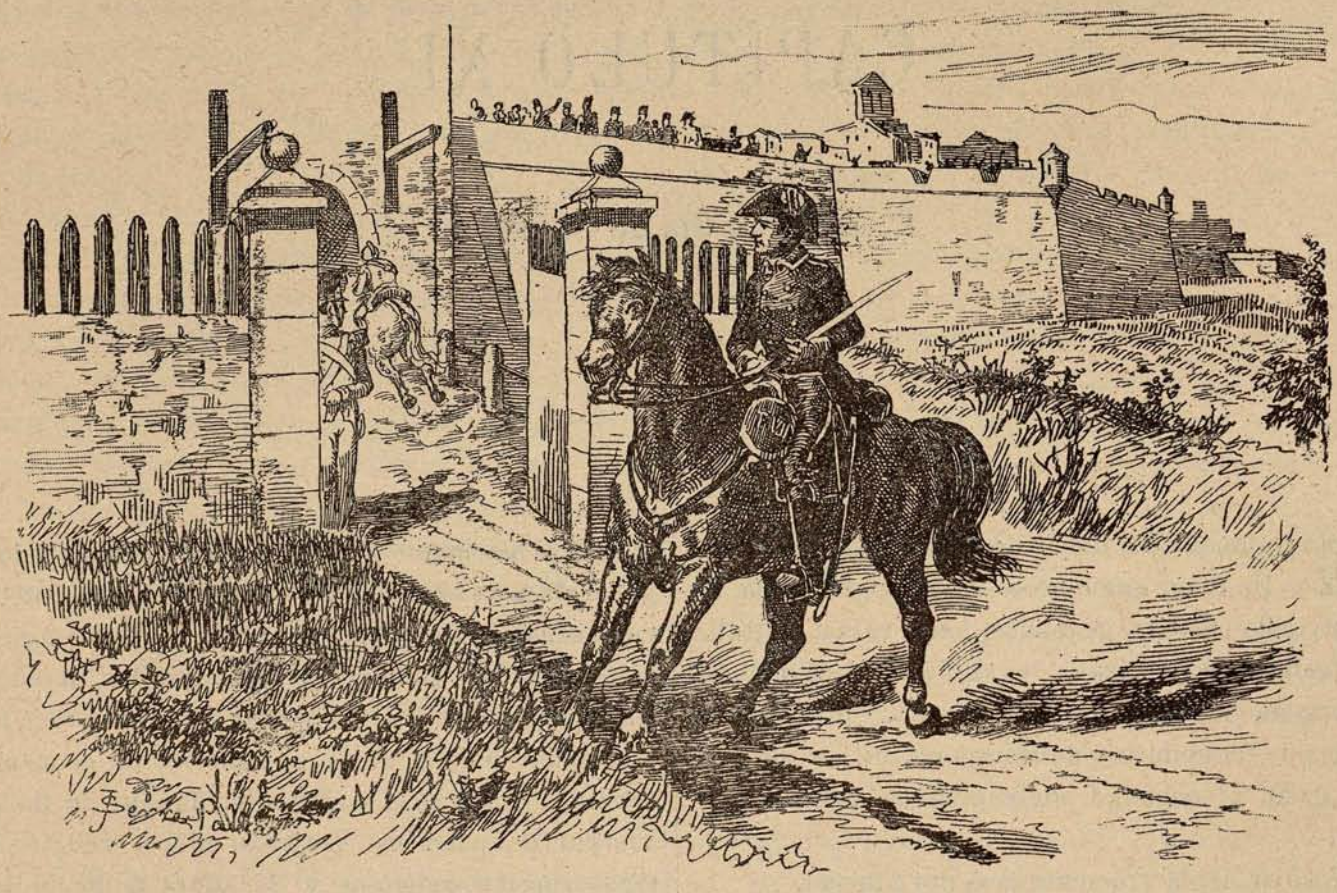
La guardia del general (del regimiento de Ultonia), todos los ordenanzas de los distintos cuerpos, parte del regimiento de Borbón, Baza, el segundo de Barcelona, el primer tercio de Gerona, el de Vich y algunos destacamentos de otros cuerpos, á la brecha de Santa Lucía, con la reserva cerca de la puerta de San Pedro.

Parte del segundo tercio de Vich, el segundo de Talarn, el primero de Barcelona, la compañía de granaderos de Iberia, el segundo tercio de Gerona y la compañía de cruzados eclesiásticos, á la brecha de San Cristóbal.

Alguna tropa del primer tercio de Talarn y guardias de otros cuerpos, á Sarracinas, la muralla en que se hallaban las dos brechas anteriores y la de Alemanes.

Parte del regimiento de Baza, á la puerta de Francia.

El resto de la guarnición, con las compañías regulares, la cruzada y todo el vecindario, hombres, mujeres, niños, ancianos, en la muralla, armados



... presentóse un ayudante del coronel Fournás...

con escopetas, trabucos, navajas, chuzos ó, á falta de otra cosa, con una honda.

La compañía de Santa Bárbara y cuantos quisiesen coadyuvar á los fines de su instituto, repartida en los distintos puntos.

Todo estaba previsto: distribución de municiones, repuestos, asistencia y conducción de heridos; hasta las parrillas de iluminación, por si acaso les sorprendía la noche en el combate. Injusticia sería, sin embargo, no citar también el nombre del intendente D. Carlos Beramendi, cuya inteligente actividad sabía hacer prodigios.

II

La sorpresa que experimentaron los franceses al ver en todas partes coronada de defensores la muralla, sólo podía compararse á la sorpresa que se figuraban iban á dar á los bravos de Gerona. Así es que los sorprendidos fueron ellos, no atinando cómo en tan cortos momentos, y habiendo hecho ellos el camino á paso acelerado y por sendas que ocultaban su presencia, habían tenido los sitiadores tiempo para acudir á la defensa de todo el extenso recinto de la plaza.

La primera columna francesa que llegó fué la que había avanzado por debajo de la torre de Gironella hasta la muralla de Sarracinas, acometiendo en seguida las brechas de Alemanes y San Cristóbal, puestas á cargo del coronel D. Blas de Fournás. En el primer momento, y por no hallarse aún allí las fuerzas encargadas de defender aquel punto, pudieron algunos franceses, al mando de un oficial, pre-

sentarse sobre la brecha, que daba al patio del cuartel de aquel nombre; pero habiendo llegado Ultonia y Borbón matáronlos á todos, y, arrojándose en seguida á la bayoneta sobre los que se hallaban ya detrás de ellos, en lo alto de la rampa, hiciéronles retroceder con espantosa mortandad.

Era horrible el combate empeñado sobre el resbaladizo declive de la brecha. Luchaban á brazo partido los oficiales españoles con los oficiales franceses, y allí se vió al teniente D. Mariano Tur cogido con un oficial del 55 de línea rodando por el suelo, hasta matarlo de un pistoletazo. Desde los parapetos hacía el enemigo terrible fuego contra el cuartel, desmoronándose sus paredes con el cañoneo, pero sin que por eso dejaran desde las ventanas de contestar los nuestros.

Todos peleaban, todos se disputaban la gloria de exponer sus pechos al hierro y al plomo de los asaltantes. Pugnaba la compañía de reserva del general y pugnaban los vecinos (labradores, mujeres, curas, frailes, doncellas, niños) por ganar un puesto entre los de Ultonia y de Borbón; y con encendido rostro y roncos gritos disparaban, mataban, herían, aplastaban, sin reparar en lo que arrojaban; los unos cargando, los otros haciendo fuego, los otros agarrándose con los dientes y las uñas al que subia, despeñándole por la rampa, clavándole cualquier arma, estrangulándole si otra cosa no había que las manos.

Era infernal el estruendo. Cegaba el polvo y la humareda. Corría el sudor por los rostros y no parecía sino que por las venas de la gente de Gerona corriese lava en vez de sangre. Rechinaban los dientes, las manos se crispaban; las caras, tiznadas de pólvora, ojerosas, lívidas ó rojas, parecían de otro linaje que el humano, como si los hubiese vomitado de allí dentro el genio de la destrucción y la matanza; y encima de aquellas cabezas desgreñadas, de aquellos cuerpos convulsionarios, de aquella gritería, veíase orgullosa tremolar la sagrada enseña de la patria, las banderas de Ultonia y de Borbón. Cuando caía alguno, hombre ó mujer, conocíase tan sólo en el redoblamiento de la ira con que se apostrofaba al francés, y en el recrudecimiento del fuego y de la pedrea.

Destrozada la primera columna de asalto, envíase otra de westfalianos: igual mortandad que en la anterior. Las brechas son impenetrables. Aquellos pechos de hombres y de mujeres, de viejos y de niños, de soldados y de curas, deben de ser de bronce; y la columna retrocede poseída de pánico, y vuelve de nuevo, reforzada, y vuelve á retroceder, y de nuevo avanza, y por cuarta vez huye, y ya no vuelve; y cuando, á las seis de la tarde, los defensores de las brechas de Alemanes y de San Cristóbal no encuentran ya ni un solo soldado vivo ante sus ojos, ven tendidos sobre el campo tres ó cuatrocientos cadáveres, y al mismo pie del boquete el del coronel del 55.

Simultáneamente con lo que ocurre por aquella parte, una columna que ha bajado por el camino de Montjuich embiste con gallarda *furia francesa* la brecha de Santa Lucía, la misma donde se ha presentado Álvarez antes que en ninguna otra. Manda aquí aquel coronel irlandés Rodolfo Marshall, de quien ya hablamos. La defensa era igualmente heroica, pero desesperadamente acompasada. Los franceses no acertaban á comprender aquella regularidad con que eran rechazados, sin que se advirtiese la menor confusión en la resistencia. Aquella brecha era horrible en su fría impasibilidad. No se oían allí gritos ni imprecaciones: era un fuego seco, maquinal, pero certero, mortífero.

A compás de la serenidad de los defensores exasperábase el furor de los franceses. Un coronel, irritado al ver á su gente como paralizada ante aquellas explosiones á compás, lánzase á la cresta de la brecha, pero cae al momento atravesada la frente de un balazo. Apostados los españoles en la torre de la iglesia de Santa Lucía y en las ventanas y aspilleras del edificio, hacen desde allí un fuego certero, ayudando eficazmente á los granaderos de Borbón y á los soldados del primer tercio de Vich, que guarnecen el parapeto de la brecha. Dos veces volvieron á la carga los franceses, pero pagando cada vez con terribles pérdidas su porfía. En cambio hubo que lamentar una sensible desgracia: el coronel Marshall caía mortalmente herido. Varias mujeres de la compañía de Santa Bárbara, desafiando el fuego, lo recogían en la muralla y lo trasportaban al inmediato templo de Santa Lucía. Tres horas duró allí el terrible combate.

III

Tronaba Gerona por todos sus ámbitos, convertida en el cráter de un volcán, vomitando bombas,

granadas y metralla ciento treinta bocas de fuego. De todos los campanarios inmediatos á la muralla partían incesantes disparos de fusil. Rugían las baterías de las murallas, la de la Catedral, las de los fuertes, y por doquier arrojábase hierro y plomo contra el sitiador, empeñado en acercarse al monstruoso volcán. Y, como si estuviese dotado de sobrenatural poder, habíase visto á Álvarez en todas partes, en Santa Lucía, en las brechas de Alemanes y de San Cristóbal, en Sarracinas, animando á los soldados, enviando refuerzos donde se necesitaban, avisando cualquier peligro y desoyendo las súplicas de los soldados y los oficiales, estremecidos al verle precisamente en todos los sitios de mayor peligro.

Pero si todo el ámbito de la muralla presentaba el formidable aspecto que decimos, no menos terrible era el espectáculo que ofrecían los fuertes exteriores. El fuerte del Calvario, con las murallas

Varias mujeres de la compañía de Santa Bárbara... lo recogían de la muralla...

abiertas en cien partes, resistía el impetuoso ataque de una fuerte columna, y obligaba á los acometedores á declararse en fuga, dejando abandonadas las escalas y las herramientas con que intentaban entrarle. 34 hombres de la guerrilla destinada á sostener la torre de Gironella, al mando del teniente del segundo de Barcelona D. José Camps, desalojan de la altura del fuerte del Cabildo á los franceses, y, viendo que una compañía de zapadores empieza á construir un parapeto en el camino desde dichas casas al fuerte del Condestable, los atacan con denuedo, matan á unos, hacen prisioneros á otros y ahuyentan al resto; después de lo cual, como si no hubiesen hecho nada todavía, atacan por el flanco á los westfalianos mientras pugnan por asaltar la brecha de Alemanes, hiriéndoles á pedradas. Cansados ya, por fin, *el teniente Camps y sus treinta y cuatro guerrilleros* de hacer más proezas, se retiran con la satisfacción de haber matado *ochenta franceses,* herido á algunos más y cogido cincuenta fusiles, dos escalas, seis picas, cuatro hachas y otros efectos.

En suma, al retirarse vencidos y abochornados los franceses, el sol poniente iluminó con rojizo resplandor el cuadro de su derrota, dejando ver todas las brechas, los barrancos, las laderas, los campos, los caminos y las encrucijadas henchidos de cadáveres, de los cuales bien podían contarse más de dos mil, entre ellos los de tres coroneles.

Cuando por la noche se avistaron el impasible

EL 19 DE SEPTIEMBRE EN GERONA

—¡Esteban!—exclamó Pedrarias antes de que éste pudiese saludarle.

—¡Pedrarias! ¡Quién me había de decir que había de encontrarle á V. aquí! Y ¿qué tal? ¿Es cosa de cuidado?

—¡Quiá! Nada: un rasguño. ¡Si no sé por qué me tienen que dar de baja!

—Sin embargo, bueno es ponerse en cura, amigo. Pues en casa no saben nada. Ha sido una casualidad como he podido enterarme. Me lo ha dicho un húsar jovencito.

—¡Ah, sí! El asistente del comandante Arjona. ¡Excelente muchacho! Pero... ¿decía V. que en su casa no saben nada de que yo esté aquí?

—No, señor: ni una palabra.

—No tiene nada de particular. Como yo no iba con el general García Conde, puede decirse que he caído aquí sin esperármelo, lo mismo que un valiente catalán con quien me encontré también herido en el campo de batalla. ¿Y la familia?

—Muy bien. Sin novedad.

—¿Papá y mamá?

—Tirando.

—¿El *hereu?*

—Siempre exaltado y de un humor de perros. Creo que ha matado ya diez ó doce franceses, y, por más que le predico que un día van á escarmentarlo, lo único que saco es que me envíe noramala. Yo, á la verdad, soy tan valiente como él, pero me reservo.

—Muy bien hecho. ¿Y las niñas?

—Tan campantes.

—¿Antonieta?

—Esa en un convento.

El rostro de Pedrarias palideció súbitamente y con voz entrecortada repuso:

—¿Cómo? ¿En un convento?

—¡Ah! Es verdad que V. se había marchado ya. Pues mire V.: fué casualidad. Sí: el mismo día que dijeron había salido V. de Gerona á llevar pliegos á Blake, entró ella en las Clarisas.

—Y ¿cómo fué eso?—repuso Pedrarias haciendo terribles esfuerzos para disimular su emoción.

—Muy sencillamente: dijo que no tenía valor bastante para continuar en la compañía de Santa Bárbara, y que mientras durase el sitio se estaría recogida allí para roerles los zancajos á los santos.

—¡Es extraño!

—No: ella no ha sido nunca tan valerosa como Siseta. Esa sí que es una hembra capaz de disparar cien cañonazos de seguida, si á mano viene. No tiene otro ideal que ser una segunda Agustina Aragón ó dejarla tamañita á Manuela Sancho. ¡Y ya ve V.! ¡Quién lo diría al verla tan rubita y tan blanquita que parece la *Asunción* de Ribera!

—¡Conque Antonieta está en las Clarisas!—exclamó el teniente como si hablara consigo mismo.—¡Extraño! ¡Extrañísimo!

Sin duda hubo de llamarle la atención á Esteban aquella *extrañeza*, pues se quedó como inmutado, sin atreverse á decir más. Notólo Pedrarias y, esforzándose por aparecer tranquilo y sonriente, repuso:

—Pues nada: no hay que alarmar á la familia diciéndoles que estoy aquí: ¿eh? En cuanto esté bueno yo iré á visitarles á Vds., y espero que hasta entonces nada diga V.

—Haré lo que V. mande, amigo Pedrarias,—repuso Esteban, de cada vez más extrañado de lo que decía el teniente.

—Un favor tendría que pedirle ahora, mi querido Esteban,—repuso Pedrarias.

—Délo V. por hecho,—respondió el digno legista de Cervera.—¿Qué se le ofrece á V.?

—Le agradecería á V. mucho que le rogase al asistente del comandante Arjona se pasase por aquí cualquier momento que tenga libre.

—¿Eso sólo?

—Sí: nada más.

—Pues de veras siento que sea tan poca cosa. Nada: voy al momento á casa, donde le encontraré sin duda, y le diré que se venga aquí al momento.

—Mucho se lo agradeceré á V., Esteban.

El legista se despidió del herido teniente y fuése corriendo á casa.

V

Esteban encontró á Jesusito muy ocupado en remendar su dormán encarnado, bien necesitado de cepillo con tan largas marchas sin un momento de respiro. Manifestóle al punto los deseos de Pedrarias, y faltóle tiempo al joven para presentarse en el hospital.

—¡Á la orden, mi teniente!—exclamó saludando militarmente.

—Gracias por tu atención, muchacho,—respondió Pedrarias.—Á ver: he de pedirte un favor, y te quedaría muy agradecido si quisieras atenderme.

—V. me manda, mi teniente.

—Como en el camino nos hemos hecho tan amigos, no extrañarás...

—No, señor. No extrañaré nada por extraño que sea lo que V. me mande.

—Pues bien: quisiera que buscaras un convento que debe haber por ahí, que llaman de las Clarisas...

—Sí, señor.

—Y una vez hayas dado con él... Pues una vez hayas dado con él... á ver si podrías componértelas de manera que de palabra ó por escrito... ¿Tú sabes escribir?

—¡Como el Sr. Torío ó poco menos!

—Pues bien: que de palabra ó por escrito procurases enterarle á cierta joven que hay encerrada allí y se llama... Antonieta Folch, de que yo estoy aquí ligeramente herido, y que tuviese á bien decirme á qué obedece el que no esté en su casa. ¿Has comprendido?

—Perfectamente, y mucho será que no salga bien de ese *reconocimiento* en la sitiada plaza.

—Entonces... nada más, Jesusito, sino que perdones tal molestia.

—¡Qué molestia! ¡Si yo debía venir también! Pues nada: no hago más que ver á un conocido que tengo por ahí, y al avío. ¡Á la orden, mi teniente!

Sonrióse Pedrarias, saludando afectuosamente al húsar, y fuése éste en busca de alguna de las señoras que cuidaban del hospital para que le indicase el sitio dónde yacía el pobre Jaume dels Castells.

VI

Al ver al húsar el pobre herido, apresuróse á llamarle, no experimentando poca alegría al ver á su antiguo alojado de la calle de la Cebadería.

—Muy buenas tardes. ¿Qué tal? ¿Cómo va esa cabeza?—preguntó Jesusito con tono jovial, aunque interiormente sentíase acongojado al ver cuán demudado aparecía el rostro del padre de Pepeta.

—Bien, chico, bien: esperando que me den el alta para hacerles pagar caro á los gabachos su idea de tonsurarme.

—¡Je, je! Verdad que debía ser algún barbero el que tal hizo. Pero no hay que apresurarse: lo primero es ponerse bueno.

—Creo que no tendré paciencia si he de estarme aquí mucho tiempo. Á mí no me gusta estarme metido entre cuatro paredes. ¿Os vais pronto?

—Sí, muy pronto, según creo. Como aquí hay tantas bocas y tan poco pan, la verdad es que no hacemos más que estorbar.

—Á ver cómo saldréis.

—Sí, ya saldremos: no hay cuidado. Veo que nuestro general lo entiende.

—Pues á mí se *me parten las alas del corazón* (1) cuando pienso que D. Enrique debe tener por ahí fuera cada fuego que debe *temblar el misterio*.

—Por ahora no lo creo. Ya se alcanzó lo que se quería, y ahora no hay sino esperar otra vez, cuando vuelvan á acabarse los víveres de Gerona.

—No sabes, chico, el consuelo que me da el oirte hablar así.

—Sí, Sr. Jaume: no lo dude V. Y ¿qué tal? ¿Qué sabemos de la patroncita?

—Buena. El último día que recibí carta suya fué por San Magín. Por cierto que la pobre Pepeta me envió una cinta y unos escapularios del santo.

—Es muy buena chica la Pepeta, Sr. Jaume.

—Como su madre, *Quesusito:* su misma estampa.

—Pues si quiere V., cuando estemos en Olot podría probar de ponerle cuatro líneas, por si llegan, y le diría...

—No, no: no le digas ni escribas nada. Se figuraría que Dios sabe lo que tengo, y no hay para tanto.

—Es verdad.

—Lo que sí te apreciaría es que si te topas con alguno del tercio de Tarragona le digas que no pasen cuidado por mí y que pienso pronto reunirme de nuevo con ellos para arreglarles las cuentas á los *matacristos*.

—Está bien, Sr. Jaume. Y, ahora, basta de charla: no fuera caso que le causara á V. dolor de cabeza.

—¡Ca, hombre! ¡Si no sabes tú la alegría que me has dado! ¿Te acuerdas de cuando me hacías rabiar tanto con la chica?

—¡Pues no me he de acordar, Sr. Jaume! ¡Si V. supiera cuánto pienso en Pepeta!

---

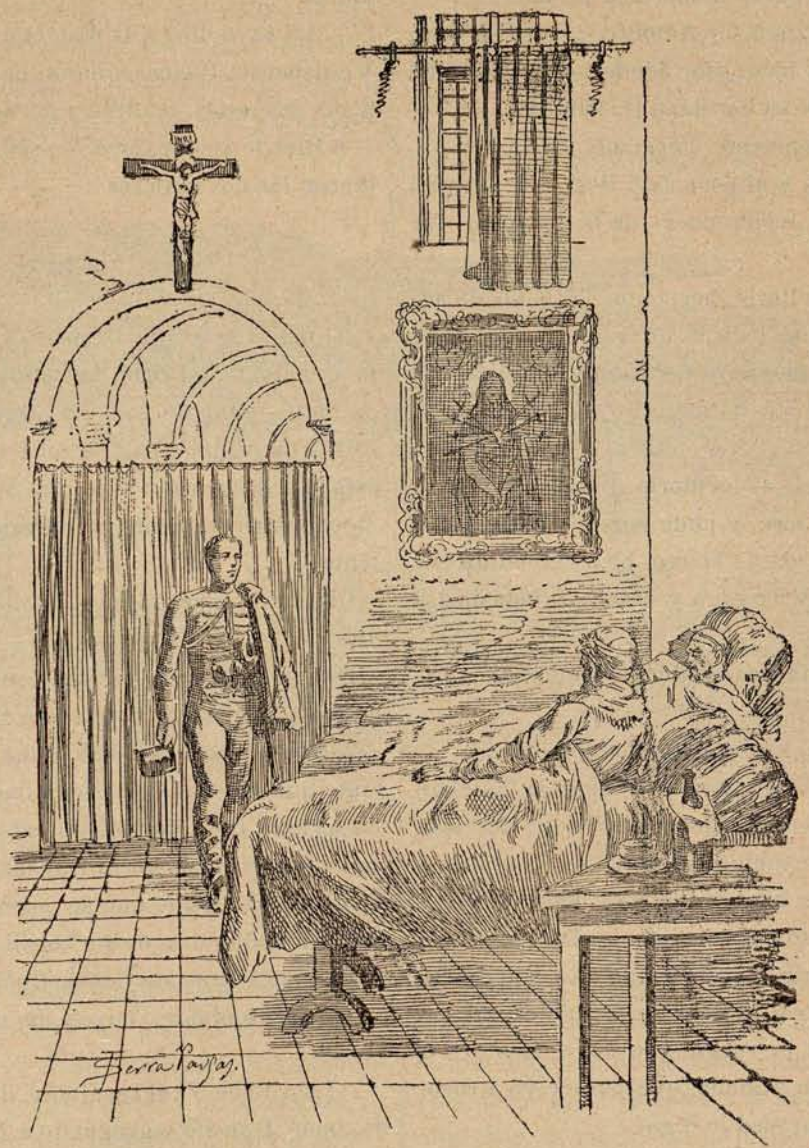
(1) El buen catalán traduce *ad pedem litteræ* ciertas expresiones de su tierra.

—Bueno, bueno: ya veremos eso. Por ahora, nada: á lo que estamos.

—Por supuesto. Pero, en fin, Sr. Jaume... Es decir...

Y el húsar, cortado, no acertaba á continuar. De pronto dijo:

—Conque lo que decía: si hablamos más, va á dolerle á V. la cabeza. Ya he tenido el gusto de



Despidióse el muchacho, y salió del hospital...

verle, y nada más deseo sino que nos encontremos pronto, en vida y salud, fuera de aquí.

—Sí, Jesusito. Eso es lo que importa. Adiós, adiós.

Despidióse el muchacho, y salió del hospital ocupado enteramente en el pensamiento de Pepeta, hasta que de súbito recordó el encargo que le confiara el buen teniente Pedrarias.

VII

Pronto pudo saber Jesusito dónde estaba el monasterio de las Clarisas, no lejos de la Catedral. Fuése, pues, para allá, y se encontró con que no había más medio de comunicación con el interior que el torno. La cosa se presentaba, por lo tanto, difícil, por lo cual el digno ex monaguillo procedió á un minucioso reconocimiento de la iglesia contigua, por si se veía por allí algún resquicio por donde entenderse con las vírgenes del Señor. Nada vió. Entonces el húsar, resuelto á saltar por todo, decidió valientemente dejarse de escrituras y acometer la cuestión de frente. Fuése al torno, invocó los santísimos nom-

bres de Jesús, María y José, y al oir la voz de la tornera que respondía *Amén,* espetó de pronto su pretensión.

—¿Hermana?

—¿Qué se le ofrece á su merced, hermano?

—Ruego á V. diga á sor Antonieta Folch se sirva presentarse en el locutorio, donde he de darle un recado de parte de su hermano D. Esteban.

—Aguarde un momento, hermano. Voy á ver.

Esperó Jesusito, y al poco rato llegó de nuevo á sus oídos el dulce acento nasal de la tornera, que decía:

—Pase V. al locutorio, hermano. Pero he de advertirle que no debe decirle sor á la señorita Antonieta, pues es solamente *encomendada.*

—Gracias, hermana tornera. No me había enterado bien.

Jesusito se dirigió al locutorio. Invocó de nuevo á Jesús, María y José, y pudo ver, á través de la doble espesísima reja de hierro, bien defendida por puntiagudos clavos, la vaga y blanca silueta de dos mujeres.

—Muy buenas tardes, señorita Antonieta,—exclamó.

—Buenas tardes,—respondió una voz juvenil.

—Pues venía aquí de parte del señor D. Esteban á decirle á V.... eso es, á decirle á V. que desearía le bordara unos escapularios que quiere regalar á un amigo suyo, que creo se llama D. Fernando Pedrarias, muy devoto de San Antonio. Dice D. Esteban que este su amigo D. Fernando va á marcharse pronto, y no quisiera hacerlo sin llevarse este recuerdo, por lo cual le ruega que haga pronto los escapularios de San Antonio, que pasaré yo á recogerlos cuando su merced lo diga.

Oyóse detrás de las rejas un leve cuchicheo, y al poco rato respondió de nuevo la voz:

—Dígale V. á mi hermano que los escapularios estarán hechos mañana por la mañana. Pero ¿por qué no ha venido él mismo?

—Es que me había olvidado decirle á V. que D. Esteban no se separa un instante del lado de su amigo, que salió con un chirle en una acción que hubo el otro día.

—¡Ah! ¿Está herido... su amigo?—dijo la voz con acento trémulo.

—¡Oh! ¡Quiá! Nada: de seguro que no tarda ocho días en ponerse bueno. Pero él cree que con los escapularios de San Antonio se pondrá mejor.

—Sí, sí: dígale V. que se los ponga en seguida, y que ya estarán bendecidos cuando se los entregue, mientras lo cual quedaré rogando á Dios por él.

—Así se lo diré á D. Esteban, señorita. Y, ahora, V. dispense. Hasta mañana, pues. Dios les guarde á sus mercedes, madres y hermanas reverendas.

—Dios le acompañe á V., señor militar,—respondieron las dos mujeres.

VIII

Al punto se dirigió Jesusito al hospital á enterarle al teniente del resultado de su atrevido paso, y de buena gana le hubiera abrazado Pedrarias al astuto ex monago por su feliz idea, porque, claro está, ya se figuraba él lo que sucedería, comprendiendo perfectamente la intención del avisado asistente.

Con ansia esperó, pues, la llegada del siguiente día.

Daban las nueve cuando Jesusito interpelaba de nuevo á la portera rogándole fuese á avisar á la *encomendada* de casa Folch que estaba allí el asistente que esperaba los escapularios de San Antonio. La tornera fué á cumplir el encargo, y al poco rato, con viva satisfacción de Jesusito, aparecía en el torno un paquetito, que se apresuró á sepultar en las profundidades de su bolsillo; y, despidiéndose de la buena hermana, encaminóse más que de prisa á ver al teniente, cuyas amorosas ansias comprendía.

—¡Ahí tiene V. el resultado de mis gestiones!—exclamó Jesusito entregando á Pedrarias el precioso paquetito.

—¡Jesusito! ¡Eres mi salvador: créelo! ¡No sé cómo podré pagarte ese inmenso favor que me has hecho!

—Vaya: deje V. eso, mi teniente. Basta con que sea V. amigo de mi amo para que haga por V. todo lo que mande. Y, ahora, hasta más ver, mi teniente.

Fuése Jesusito á decirle cuatro palabras á Jaume dels Castells, mientras lo cual el teniente, con mano trémula y encendido el rostro, desplegaba el blanco papel que envolvía el contenido del paquete.

Había dentro unos hermosos escapularios, con las cintas de seda. La imagen del santo predicador de

Padua aparecía gallardamente estampada sobre seda, y el dorso era de lana negra, bordada con el escudo de Gerona. Pero... ¿no había más?

Pedrarias examinó el escapulario y creyó sentir al tacto algo como un cuerpo extraño que hubiera entre la efigie y el reverso. La costura no era muy apretada, y en un momento quedó rota la adherencia de una cara con otra, cayendo... un diminuto papelito arrollado.

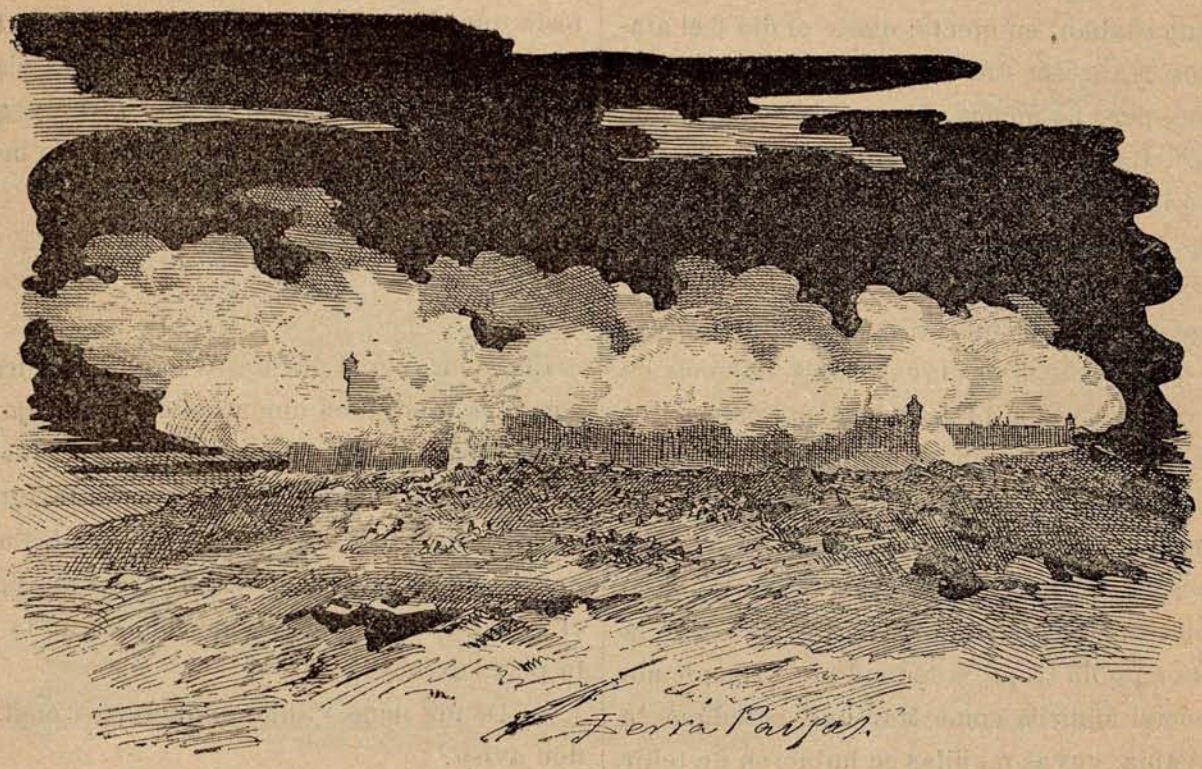
¡La infernal idea de Jesusito había sido perfectamente comprendida por Antonieta!

El papel decía así:

«*Soy tuya siempre. Estoy aquí por fuerza, pero no le hace. Espera. Te adoro. Ruego á Dios por que te cures pronto.*

»*Antonieta.*»

¡Oh qué efecto produjo en el ánimo del digno



... á cuyo fulgor veíase Gerona en lontananza...

teniente de Ultonia la lectura de aquellas líneas, trazadas con lápiz sobre un pedazo de papel de breviario (habiéndose en su precipitación Antonieta llevado una terminación en *orum* y un comienzo en *Stel)!* A punto estuvo de ponerse á bailar, á no haber tenido que desistir de ello por el chirle de su muslo. La emoción le había rendido y cayó de cabeza sobre la almohada, teniendo que cerrar los ojos, hecho lo cual apareciósele Antonieta en figura de voladora santa, por cuya boca salía una larga tira de cinta con las letras mismas contenidas en el papelito. ¡Cuán perfectamente se le representó entonces la imagen de la agraciada niña mayor de D. Félix, con aquel rostro de aterciopelado y dorado cutis, aquellas mejillas encendidas, aquellos ojos negros de mirar tan dulce, aquella naricita tan pequeña, aquellos labios tan rojos, aquel talle tan esbelto, y aquella cabellera tan negra, tan profusa, tan rizada! Iba ahora vestida de seda roja, no sabiéndose por qué, con los pies desnudos, y rodeábanla una infinidad de angelotes, unos con todo el cuerpo y otros solamente con las cabezas, y por entre ellos muchas mariposas, y luego una gran lluvia de flores, y un campanario, todo lleno de luz. De pronto la visión pareció estremecerse, sobrevinieron lóbregas tinieblas, el rojo vestido se trocó en un negro hábito, y sobre aquel fondo de antes aparecieron siniestras hogueras, á cuyo fulgor veíase Gerona en lontananza, y en torno de ella los cañones de los franceses, las banderas tricolores, y grandes charcos de sangre, y un humo gris que se levantaba del suelo, y un olor á pólvora, y bandadas de cuervos, y Antonieta, en vez de cernerse por los aires, en tierra, muerta.

El teniente exhaló un grito, abrió los ojos y se pasó una mano por la frente. ¡Ah, no! Estaba en el

hospital, y tenía fuertemente cogido en una mano el pedacito de papel.

IX

Con la partida del comandante Arjona y su asistente volvió la casa de D. Félix al estado anterior. Reinaba en la ciudad extraordinaria animación y á nadie se le ocultaba que en breve iban á comenzar días de tremenda prueba.

No se engañaban, en efecto: desde el día 6 el ataque de los franceses fué violentísimo, horrendo el bombardeo, pero no menos vigorosa la contestación de la plaza. La destrucción de edificios era desoladora; pero la valiente ciudad lo soportaba todo, creciendo sus bríos á compás de la crueldad de que daba muestra el sitiador.

Así llegó el día 15, en que se hizo aquella vigorosa salida en que los nuestros clavaron los cañones de una batería de brecha, obligando á sus defensores á refugiarse en Montjuich. Al entrar en Gerona la columna que había llevado á cabo tal hazaña, esperábanla multitud de gente ávida de aclamar á aquellos héroes, figurando entre los grupos Eudaldo Folch y Siseta. Miles de aclamaciones saludaron la entrada de aquella tropa, y todo el mundo pudo notar la especial manera como Marshall saludó á la hermosa rubia, cuyas mejillas se hubieron de teñir de encendida púrpura.

De vuelta á casa, dijo bruscamente el *hereu* á su hermana:

—Mucho te distingue el coronel, Siseta.

—No lo creas,—respondió ella.

—Y ¿qué mal habría en eso? Antes al contrario, me halaga mucho.

—En caso de ser como dices, yo se lo agradezco, pero no sé á qué viene.

—Creo que debes gustarle.

—¡Bah! No estamos ahora para eso.

—Sí, ya lo sé; pero, en fin...

—Calla, calla.

—De todas maneras, si el coronel se muestra tan deferente, digna eres de ello, Siseta.

Nada más se habló del asunto; pero al ponerse á la mesa, aquella noche, para cenar, el coronel, con su conocida galantería, ofreció á Siseta un hermoso cordón de oro, sujeto en una chapa de lo mismo con una águila en el centro.

—Acepte V., señorita,—dijo,—este recuerdo de la jornada de hoy. Yo mismo lo he arrancado del hombro de un ayudante que ha caído muerto al fuego de nuestros bravos.

—Mil gracias, coronel,—respondió Siseta.—Conservaré preciosamente este recuerdo.

Eudaldo no podía ocultar la satisfacción que le causaba el presente, ni menos Esteban; pero Siseta no pareció acordarse más del asunto, y cuando se levantó de la mesa saludó á Marshall con igual cortesía que siempre. Sin embargo, quien hubiese podido seguir los pasos á la niña, hubiera visto que se dirigía precipitadamente á un cuarto y guardaba con religioso cuidado el recuerdo en lo más recóndito del secreter de una cómoda.

X

Llegó en esto el día 19. Al mediodía, después de comer la familia en unión del coronel, dijo éste:

—Creo que no podremos tardar ya mucho en el asalto. Los franceses tienen muy adelantados sus trabajos de trinchera y se conoce que les urge acabar, es decir, tratar de acabar. Y se me figura que el general debe opinar lo mismo, según la orden de la plaza de hoy.

—¿Dónde tiene V. que hallarse, coronel, cuando den aviso?

—En la brecha de Santa Lucía, señorita.

—Casualmente la misma donde tiene que prestar servicio mi compañía,—dijo Siseta.

Estremecióse Marshall; pero, reponiéndose en seguida, dijo:

—¿Y V., Eudaldo?

—Yo, con mi compañía, á la brecha de San Cristóbal.

—Buen sitio, amigo. Ya habrá que hacer por allí. ¿Y su compañía de V., Esteban?

—Pues nosotros formamos en la reserva, en el patio de Alemanes.

—Vamos á ver cuándo llegará esa hora, señores, —continuó Marshall,—aunque desde luego doy por seguro y absolutamente cierto que los franceses van á sufrir un rudo descalabro si se atreven á asaltarnos.

—¿Qué duda tiene eso?—exclamó con fuego Siseta.

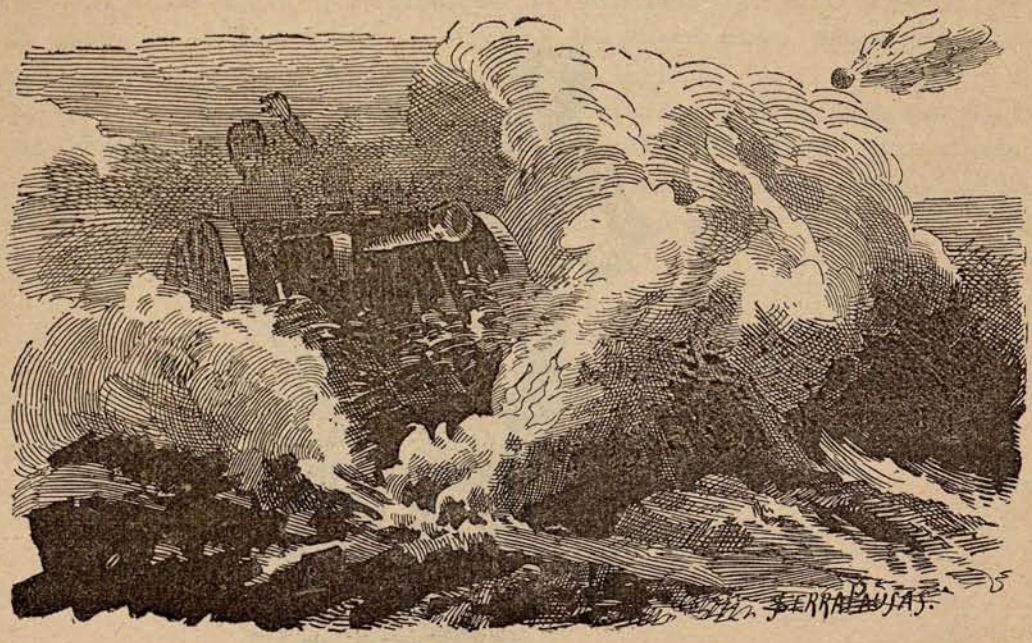
—Niña, niña, me das miedo con esa exaltación

que te domina,—exclamó D.ª Concepción.—¡Ten juicio, por Dios, Siseta, y no te expongas más de lo que el deber te mande!

—Quien cumple tan solamente con su deber, cumple muy poco, mamá,—respondió la niña. ¿Habremos nosotros de cuidar de no exponernos viendo como los demás se exponen? Pero no tenga V. cuidado, mamá: Dios me amparará. Y, si por acaso muriese, ¿qué mayor gloria que dar la vida por la religión, por el rey y por la patria?

—¡Ay, hija mía! Grande es la gloria que se alcanza con eso, ciertamente; pero yo no sé si sabría resistir el dolor que me causaría el perderte, —repuso D. Félix.—Así, te ruego que pienses en nosotros también.

—Siempre pienso, papá mío; pero pienso también que no sería digna hija de Vds. si no pudiese decirse de mí lo mismo que se dice de todas mis amigas y compañeras, ávidas de sacrificarse por la santa causa que todos defendemos.



... los franceses daban comienzo al espantoso bombardeo...

—¡Bien, bien, Siseta!—exclamó Eudaldo.—Ya se ve que somos hermanos. Y en cuanto á V., padre, recuerde lo que hizo en la guerra del 93. No creo que economizase V. mucho los peligros cuando salió herido dos veces.

—Bueno, bueno, hombre. Entonces no había tanto peligro como ahora.

—¿Su papá de V. fué herido en la guerra con la República francesa?—preguntó con interés Marshall.

—Sí, señor. Una vez en la batalla de Trullás y otra en la batalla de la Montaña Negra. Y me acuerdo yo muy bien, pues tenía entonces nueve años.

—Y yo también me acuerdo,—respondió Estéban, —aunque sólo tenía cinco. Sí: me acuerdo que hubo una junta de médicos.

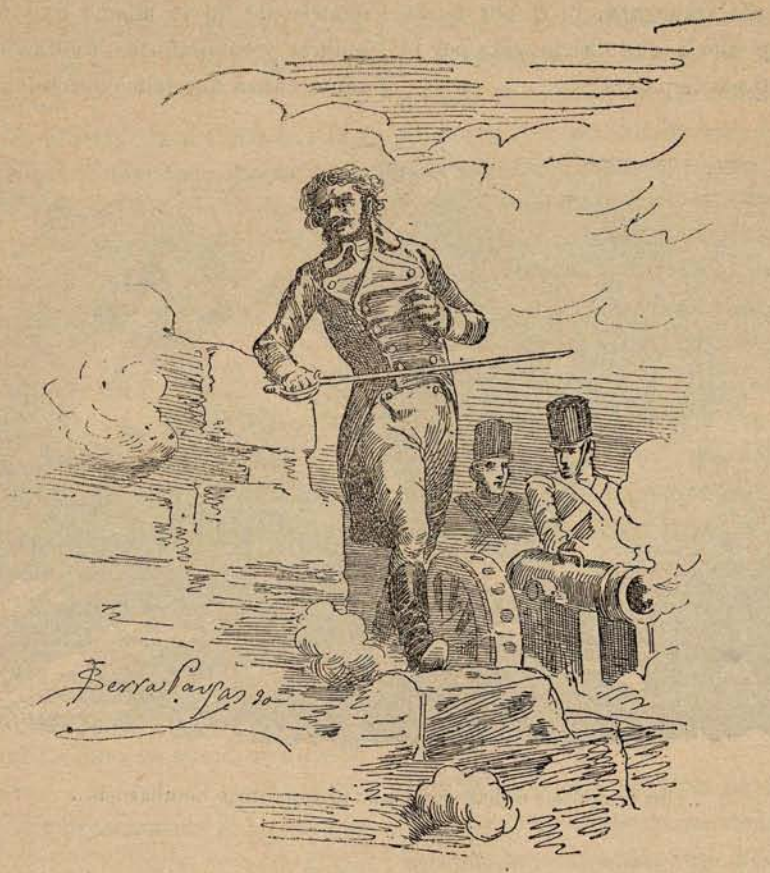
—Vamos, vamos, callaos. Aquello no valía nada.

—Pues lo mismo sucede ahora, papá,—respondió Siseta.—Tampoco valdrá nada eso de ahora: son los mismos gabachos.

—Sí, los mismos; y, sin embargo, ¿quién lo diría? —exclamó D. Félix.—Entonces, en medio de todo, no podía yo aborrecerlos. Al fin y al cabo nosotros nos metimos en su casa y ellos estaban en su derecho al arreglarse como quisieran, en república ó con el gobierno absoluto, ¡allá ellos!, en tanto que ahora no pelean por aquellas hermosas palabras que decían de *Libertad*, *Igualdad* y *Fraternidad*, sino por obedecer á ese mal hombre, á ese Napoleón que Dios confunda, á ese ambicioso dementado cuya obra deleznable ha de caer con estruendo, para no dejar ni rastro. Sí: en mi tiempo los franceses hacían la guerra por una causa noble: ahora la hacen por una causa infame.

—¡Y tan infame!—exclamó Eudaldo con vehemencia.—Pero ya ven cómo se les recibe, y ¡vive Dios que no habrán de salirse con la suya!

Un horrorosísimo estruendo interrumpió la conversación. Los franceses daban comienzo al espantoso bombardeo de aquel día y acababa de reventar una granada en el patio de la casa, produciendo la caída de un gran trozo de pared. Al ruido acudieron todos á mirar lo que era, y en medio de la confusión hubo de caérsele á Siseta el pañuelo que tenía en la mano. Marshall se bajó, cogiólo vivamente y lo escondió en su seno.



El coronel Marshall cayendo mortalmente herido

Momentos después despedíase de la familia el apuesto coronel para acudir al Gobierno Militar.

XI

Cuando Marshall cayó mortalmente herido en la brecha de Santa Lucía y fué trasportado á la inmediata iglesia en medio del diluvio de balas que alfombraba el suelo con una capa de plomo, de cascos de hierro, de piedras y de los más extraños objetos (botones, tejas, cascotes, chapas, bayonetas, correajes), acudió, como ya sabemos, antes que nadie, la hija de D. Félix Folch.

Pálida, con la cabellera de oro en desorden, rasgada la basquiña, ennegrecidas las manos, febril la mirada, habíase precipitado hacia el coronel, de cuyo pecho manaba abundante sangre, traspasado por tres ó cuatro balazos.

Al ver Rodolfo Marshall á Siseta sonrióse inefablemente, harto débil para poder pronunciar una palabra. Entre algunas mujeres de la compañía de Santa Bárbara lo cogieron, sosteniéndole Siseta por la cabeza, y, una vez instalado en uno de los colchones que había colocados á corto trecho en las capillas, lo dejaron al cuidado de la niña.

Ésta se apresuró entonces á desabrocharle la casaca para restañarle la sangre, y apenas si pudo contener una expresión de sorpresa al encontrarse

con su pañuelo, agujereado y teñido en la sangre del valiente irlandés. La emoción, sin embargo, era demasiado fuerte, y en aquel rostro que parecía entonces de blanco mármol aparecieron dos gruesas lágrimas, que fueron á caer en las mejillas del herido.

Éste abrió los ojos y, mirando á Siseta con dulcísima expresión, murmuró:

—Voy á dejarla á V., Siseta.

—¡No, no!—exclamó ésta, aplicando un paño á la herida de donde salía más sangre.—¡Confianza, coronel!

—Me quedan pocos momentos, y no quiero morir sin decirle á V. cuánto la he amado.

Siseta, más pálida que nunca, casi lívida, verdosa, cogió con fuerza una mano del herido, una mano en que corría ya el frío sudor de la agonía, y estampó en ella un beso apasionado, largo, interminable, después de lo cual, como desesperada, siguió restañando, aunque en vano, las demás heridas.

Ya en esto, al aviso de que Marshall estaba herido, acudieron algunos médicos, y con ellos Álvarez de Castro; pero ya el herido estaba en sus últimos momentos.

—Coronel Marshall, se ha portado V. como un héroe,—exclamó Álvarez.

—Gracias, mi general,—respondió el irlandés. Y, volviéndose hacia el ilustre gobernador, repuso:

—*Mi general, muero contento por tal causa y por nación tan brava.*

Un sacerdote que llegó apresuradamente, trocando el fusil por el crucifijo, murmuró rápidamente algunas oraciones, exhalando en breve Marshall el último suspiro.